APORTES

Georges Haupt
Claudie Weill

# MARX Y ENGELS FRENTE AL PROBLEMA DE LAS NACIONES



editorial fontamara

APORTES-1

Colección Aportes

---

Dirigida por José Eugenio Stoute

GEORGES HAUPT Y CLAUDIE WEILL

# MARX Y ENGELS FRENTE AL PROBLEMA DE LAS NACIONES



editorial fontamara

Título original: *Marx et Engels devant le problème des nations.*
Cahiers de l'ISEA, série S. n.º 17.
Institut de Science Economique Apliquée.
Traducción: *Emilio Olcina Aya.*
Diseño portada: *Estudi Dat*

*1ª edición:* abril de 1978.


Entenza, 116, 3.º, 3.ª - Barcelona, 15.
Teléfono 325 16 83.

ISBN: 84-7367-063-9.
Depósito Legal: B. 15.026 - 1978
Impreso en España.
Gráficas Alfonso, Carreras Candí, 12-14 - Barcelona, 26.

## Sumario

La elaboración teórica de la cuestión nacional es tan sólo esporádica en Marx y Engels; de ahí la ausencia de textos de referencia fundamentales. Abundan, en cambio, los escritos de circunstancia, de combate, las reflexiones y las respuestas surgidas en situaciones precisas, sobre todo en la vasta correspondencia de los dos amigos, en la que se multiplican observaciones espontáneas, incisivas y reveladoras. Ahí se encuentra, sin embargo, materia suficiente para alimentar la reflexión e invitar a la investigación. A través de escritos muy diversos, de artículos de actualidad, Marx y Engels han dejado una serie de puntos de referencia, de indicaciones, de hipótesis, a partir de los cuales se prosiguió la reflexión teórica y política de los marxistas en la época de la Segunda Internacional. Las referencias a los «fundadores» alimentaron sus controversias, que adoptaron muchas veces la forma de una lucha del espíritu contra la letra de su enseñanza; fue partiendo de estas anotaciones diseminadas, accesibles tan sólo en parte en aquella época, y desbordando los límites trazados y la temática transmitida, como insertaron la cuestión nacional en el mismo corpus del marxismo, y

como trataron de superar o de paliar las antinomias y las ambigüedades que se encontraban en los promotores del socialismo científico.

¿Qué pudieron conservar las dos generaciones de marxistas posteriores a Marx y Engels de esta herencia, rica y sorprendente? ¿Unos principios teóricos estructurados, una concepción política rigurosa, un método para abordar el tema nacional como variable subordinada en relación a la estrategia global y a los intereses primordiales del movimiento obrero? ¿O acaso un lenguaje, un discurso y una proyección ideológica? ¿Unas reflexiones incidentales y contradictorias, susceptibles de proporcionar referencias utilitarias para cálculos tácticos, unos argumentos justificadores, para las más diversas opciones?

La búsqueda de una respuesta a estas preguntas —que equivale a interrogarse sobre la permanencia en la estructura mental de los marxistas y sobre las modificaciones que sufre— se sitúa en el centro de nuestro tema y delimita la intención y la orientación de este estudio. La tarea es, aparentemente, fácil. Las posiciones de Marx y Engels sobre la cuestión nacional parecen haber sido cuidadosamente examinadas, a juzgar por la cantidad de trabajos dedicados al tema. De hecho, la lectura de esta abundante literatura provoca la impresión de que los innumerables intentos de explicación y juicios, asombrosamente contradictorios —la mayoría de las veces de inspiración ideológica—, han enturbiado la reflexión más que clarificado. La misma naturaleza de la herencia literaria marxiana en este terreno deja abierta la puerta de par en par a las controversias, pero también a las utilizaciones abusivas. Constituye una mina de citas. Ni los adversarios de Marx y Engels, ni sus exége-

tas ortodoxos y heterodoxos, han tenido reparo alguno en extraer de ella argumentos para alimentar sus prejuicios, para buscar en ella ilustraciones y legitimaciones. Tras su paso, el terreno de la investigación ha quedado atestado de falsos problemas. Aún hoy los investigadores se ven obligados a quitar los escombros, a remediar los estragos de los ideólogos. Los marxólogos han exhumado los textos, han identificado y restituido a su legítimo puesto unas fuentes de orígenes muy diversos. Los historiadores las han ordenado, las han empezado a emplear: la monografía ya clásica de Solomon F. Bloom, el minucioso estudio de Roman Rosdolsky, las hipótesis explicativas de H. U. Wehler (1), son otras tantas guías para desmadejar el ovillo, situar las tomas de posición, las actitudes políticas transitorias, en su contexto histórico, descubrir su articulación y comprender la significación de los temas y la coherencia de los argumentos propuestos.

(1) Solomon F. Bloom: *The World of Nations. A Study of the National Implications in the Work of Karl Marx*, Columbia University Press, New York, 1941, 255 pp. Roman Rosdolsky: «Engels und das Problem der "geschichtslosen" Völker. (Die Nationalitätenfrage in der Revolution 1848-1849 im Lichte der "Neuen Rheinischen Zeitung")», *Archiv für Sozialgeschichte*, IV, 1964, pp. 87-282. Hans-Ulrich Wehler: *Sozialdemokratie und Nationalstaat. Nationalitätenfrage in Deutschland 1840-1914*, Göttingen, 1971.

# Capítulo I

La reflexión sobre el fenómeno nación y sobre el hecho nacional está presente constantemente en los escritos de Marx y de Engels. No negligen la realidad de las naciones ni su alcance histórico, aunque subestimen la importancia que reviste en su época la cuestión nacional. En un debate del consejo general de la AIT, en 1866, por ejemplo, Marx ridiculiza a los delegados franceses —entre ellos su futuro yerno, Paul Lafargue—, que pretenden que las nacionalidades, e incluso las naciones, son unos «prejuicios superados», y los califica de «stirnerianos proudhonizados» (2).

Y, sin embargo, no es exagerado hablar de negativa a abordar la problemática nacional de forma global y concederle un estatuto teórico autónomo, a emprender una teorización de conjunto. El tema nacional se ve marginado respecto a los grandes temas que se sitúan en el centro de sus investigaciones teóricas y de su reflexión política, y sólo se desarrolla en relación a problemas conexos, o se ve subordinado a las exigencias de la acción.

(2) Carta de Marx a Engels del 20 de junio de 1866, MEW, XXXI, p. 229.

La actitud de Marx se deriva de una posición de principio que sólo adquiere todo su relieve si se la refiere a la constelación histórica e ideológica de una época en la que el hecho nacional, fenómeno reciente, surgido en la segunda mitad del siglo XVIII, sorprende y desconcierta, por su novedad, al pensamiento universalista que se afirma tras las huellas de la filosofía de las Luces. La relación respecto a la nación tiende entonces a pasar por delante de todas las demás relaciones, y, más aún, a sustituirlas; y la nueva colectividad del «pueblo», un conglomerado de habitantes aparentemente incoherente, tiende a encontrar su expresión en un «estado nacional» soberano (3).

La atmósfera de Alemania, donde el nacionalismo se les muestra como un fenómeno compensatorio y como consecuencia de un desarrollo retrasado, contribuye ampliamente a la cristalización de las posiciones de los jóvenes Marx y Engels. En 1844, constatan: «... si la mezquindad nacional es siempre y en todas partes repelente, en Alemania resulta asqueante, ya que aquí, con la ilusión de estar por encima de la nacionalidad y de todos los intereses reales, se la opone a aquellas nacionalidades que confiesan abiertamente su limitación nacional y su fundamentación sobre intereses reales». En una época en que el nacionalismo, «ese reino etéreo de los sueños, el reino de la "esencia del hombre"», conquista la ideología burguesa, en que una historiografía romántica se dedica a instaurar la identidad nacional como valor supremo y a colocar en primer plano la unidad de la patria

(3) Eric Hobsbawm: «Some Reflections on Nationalism». En trad. alemana: «Ammerkungen über den Nationalismus», *Wiener Tagebuch*, julio-agosto de 1972, n.º 7-8, pp. 28-32.

y de la Nación, ante esa «arrogancia nacional enfática y exaltada» (4), Marx pone el acento en la misión histórica de la clase, en la necesidad de la unidad de los proletarios de todo el mundo, o «al menos de los trabajadores de los países civilizados». Para el joven Marx, «el proletariado sólo puede existir en un plano *histórico-mundial, lo mismo que* el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como existencia "histórico-universal"» (5). Por consiguiente, lo que distingue a los comunistas «de los demás partidos proletarios» es que «en las diversas luchas nacionales de los proletarios, levantan y hacen valer los intereses comunes de todo el proletariado, sin consideración de nacionalidad». Los proletarios no tienen patria porque están excluidos de la nación; han de erigirse en clase nacional, constituirse ellos mismos en nación adueñándose del poder político (5 bis). Convencidos de que la humanidad no

(4) *Deutsche Ideologie*, MEW, III, pp. 457-458. En versión castellana: *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 2.ª ed., 1968, trad. Wenceslao Roces, p. 565.

(5) *Deutsche Ideologie*, MEW, III, p. 36. En versión castellana: *La ideología alemana*, ed. cit., p. 38.

(5 bis) La ambigüedad de la fórmula de Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* ha suscitado, desde comienzos del siglo XX, interpretaciones múltiples en el medio socialista. ¿Se trata de una coincidencia entre la conciencia nacional y la conciencia de clase, de una disolución de la primera en la segunda, o de una emergencia de la conciencia nacional en la clase obrera? Los intérpretes de Marx han ocultado el problema más que esclarecido.

Según Heinrich Cunow, en *Die Marxsche Geschichts-Gesellschafts-und Staatstheorie, Grundzüge der Marxschen Soziologie*, II, Band, Berlín, 1923, pp. 30-31, Marx reconoció la posibilidad de una ulterior eclosión del sentimiento nacional en la clase obrera, mientras que los marxistas, incluyendo a Bauer, descartaron esta eventualidad. Aquí hay que tomar en consideración la justificación, en Cunow, de su posición socialpatriota durante la primera guerra mundial. En un estudio reciente, dedicado a la interacción de los conceptos de pueblo, de proletariado

el pronóstico ya formulado en el *Manifiesto comunista:* «Las particularidades y los contrastes nacionales de los pueblos se diluyen cada vez más, al tiempo que se desarrollan la burguesía, la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de vida resultantes.» Tras el advenimiento del socialismo, este proceso no hará más que acentuarse, «el proletariado en el poder los hará desaparecer aún más radicalmente» ya que «en la medida en que se suprima la explotación del hombre por el hombre, se suprimirá también la explotación de una nación por otra». El antagonismo entre naciones desaparecerá al mismo tiempo que las oposiciones de clases en el seno de la nación (6).

¿Se puede ya, a partir de ahí, atribuir a Marx y a Engels una teoría de la nación? Como ha mostrado S. F. Bloom tras una lectura atenta de los textos dispersos, los elementos de una teoría histórica del «hecho nación» están presentes en su pensamiento, aun si se niegan a codificar sus puntos de vista, a sistematizarlos, o a elaborar una definición propiamente dicha. Arriesgándonos a esquematizar, podríamos resumir de la forma siguiente sus puntos de apoyo, los elementos de su teoría de las naciones, implícitos o explícitos, que los marxistas de la época de la Segunda Internacional —sobre todo Bauer, Kautsky y Stalin— reasumieron, sistematizaron, desarrollaron o deformaron:

—La nación es una condición objetiva y no una preferencia subjetiva, es producto de un largo

(6) *Manifiesto comunista.* Ct. según Karl Marx, *Oeuvres,* I, Pléiade, edición establecida y anotada por M. Rubel, 1965, p. 180.

versos en función de la clase a la que concierne y del momento en que se plantea (7).

La reflexión de Marx y Engels se aplica preferentemente al curso del desarrollo europeo y, en particular, al de las sociedades y las naciones avanzadas, aunque reflexionen sobre modos de producción distintos y rechacen el estricto determinismo histórico lineal (lo cual podría también explicar su negativa a extraer una teoría de la nación de validez universal). Ponen el acento en los rasgos comunes de las sociedades capitalistas avanzadas de Occidente, a las que confrontan con las sociedades agrarias de desarrollo retrasado tal como se presentan en Rusia y en Turquía, y con las sociedades atrasadas, inmovilizadas, incapaces de encontrar en ellas mismas las formas de un desarrollo autónomo; pero no permanecen indiferentes ante las situaciones nacionales, no pierden nunca de vista las especificidades y las distinciones nacionales respectivas, e incluso hablan de la superioridad económica de los ingleses, política de los franceses, teórica de los alemanes.

De acuerdo con la conclusión pertinente de S. F. Bloom, «si bien es cierto que Marx sólo se dedicó indirectamente a construir una teoría de las nacionalidades, se ocupó, en cambio, muy de cerca, del carácter y de los problemas de las naciones modernas específicas. Lo interesaban par-

(7) *Deutsche Ideologie.* MEW, III, p. 21 y ss. En versión castellana: *La ideología alemana,* ed. cit., p. 20 y ss. Cfr. también Bloom, *op. cit.,* p. 22. Ljubomir Tadic, «Nationalisme et internationalisme», rev. «Praxis», 1968, n.º 3-4, p. 318. Maxime Rodinson, «Le Marxisme et la Nation», en «L'Homme et la Société», enero-febrero-marzo de 1968, p. 132. Pierre Vilar, por referencia a Bloom, en *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales,* t. I, París, 1962, p. 36.

ticularmente la experiencia, la historia y los rasgos comunes de las grandes naciones del mundo occidental» (8). Aceptan la realidad nacional y las diferencias nacionales como un factor esencial de la historia, pero lo que les importa es la consolidación de las naciones modernas como factor de la dinámica revolucionaria. La problemática nacional gira, ante todo, en torno a su teoría del progreso social que domina su análisis, sus pronósticos. La perspectiva en que se sitúan es la de las transformaciones estructurales que implica el desarrollo del capitalismo: destrucción de las viejas estructuras, abolición de las fronteras y de las barreras feudales que encierran a las etnias y las conservan, para abrir paso a la creación de grandes entidades nacionales, de grandes espacios estatales centralizados, sin fronteras aduaneras, económica y socialmente dinámicos, factor necesario para crear un campo libre, una arena amplia y más favorable para las confrontaciones sociales, para la lucha de clase del proletariado. Ya que tan sólo el gran estado nacional «representa la organización normal de la burguesía reinante en Europa, y es también indispensable para el establecimiento de una cooperación internacional armoniosa sin la cual el gobierno del proletariado es irrealizable» (9). En otros términos, en el estadio del capitalismo, el estado nacional es una formación necesaria, un jalón en la vía del internacionalismo y de la desaparición de los antagonismos nacionales que han de caracterizar el advenimiento del socialismo. Las modificaciones que se producen

(8) Bloom, *op. cit.*, p. 22.
(9) Cf. F. Engels: «Gewalt und Oekonomie bei der Herstellung des neuen Deutschen Reiches», «Neue Zeit», XIV, 1, p. 79.

en el mapa de Europa deben favorecer el proceso de formación y consolidación de grandes naciones viables, de grandes entidades estatales, necesidad histórica, o incluso presupuesto del progreso de todo el mundo civilizado, tal como Engels lo explicita: «Todas las modificaciones, si han de durar, tienen que tender, por regla general, a conferir a las grandes naciones europeas sus *verdaderas* fronteras naturales, determinadas por la lengua, las simpatías, mientras que, al mismo tiempo, los pueblos en ruinas que aún se encuentran aquí y allí, y que no son ya capaces de una existencia nacional, deben seguir incorporados a naciones mayores, o conservarse en calidad de monumentos etnográficos (10).

Es en nombre de este progreso histórico que Marx y Engels se pronuncian a favor de la integración a Alemania de los ducados de Schleswig-Holstein, a favor de la «civilización alemana» contra la «barbarie danesa». Y también es porque la Francia de 1871 estaba más avanzada que Alemania que Alsacia-Lorena, pese a tener una cultura mayoritariamente germánica, tenía que seguir siendo francesa. En cuanto a los alemanes de Polonia, se habían integrado a un contexto económico-político que convertía en caduca la reivindicación de su reintegración a Alemania junto con los territorios en los que se habían instalado; y si Occitania había sido, a fin de cuentas, asimilada por la Francia del norte, el hecho es que «su oposición a la Francia del norte se convirtió muy pronto en una oposición a las clases progresistas de toda Francia. Se convirtió en el principal sostén del feudalismo

(10) Engels, *Po und Rhein*, MEW, XIII, p. 267.

y ha seguido siendo, hasta hoy, la fuerza de la contrarrevolución en Francia» (11).

Ya que «la evolución histórica de los últimos mil años» implica igualmente, para Engels, una fluctuación incesante de las fronteras entre los pueblos en base a las traslaciones operadas en los territorios limítrofes. Le parece completamente normal, por consiguiente, que ninguna frontera estatal coincida con las fronteras naturales de una nacionalidad, con la frontera lingüística. «Y, finalmente, concluye, no es la menor de las ventajas el que las diversas naciones, tal como se han constituido políticamente, hayan incorporado elementos extranjeros que *sirven de intermediario con sus vecinos y aportan una diversidad en la similitud, si no demasiado monótona, del carácter nacional.*»

El hecho de que la concentración en grandes estados implique que comprendan, en ocasiones, a una multitud de nacionalidades, no cambia en nada el asunto. Así, por ejemplo, en 1852, el descubrimiento del mapa etnográfico de Polonia no tuvo ninguna incidencia para Engels, que no por ello renunció a reivindicar las fronteras de 1772. Ya que, para él, tal como lo reafirma en 1866, «no existe ningún país en Europa que no esté compuesto de distintas nacionalidades colocadas bajo un mismo gobierno... Y lo más probable es que siga siendo así siempre» (12).

Desde esta perspectiva de la historia universal, Marx y Engels no ven en la cuestión nacional más que un problema subalterno, transitorio, cuya so-

(11) *Die Polendebatte in Frankfurt*, MEW, V, p. 355.

(12) Engels, *Was hat die Arbeitklasse mit Polen zu tun?*, MEW, XVI, p. 157 y ss.

lución sobrevendrá automáticamente en el curso del desarrollo económico y de las transformaciones sociales: las naciones viables vencerán todos los obstáculos, mientras que las «reliquias de pueblos» se verán condenadas a desaparecer.

El marco de la reflexión sobre el desarrollo de las naciones modernas está trazado por su campo histórico, y el modelo siguen siéndolo Francia e Inglaterra, sociedades capitalistas avanzadas, sometidas a un modo de producción en el que se inscriben, en aquella época, Alemania e Italia. Las líneas de desarrollo y las tendencias desveladas en el curso de la consolidación de las grandes naciones históricas de Occidente sirven a Marx de principal punto de referencia, aun cuando no se trate de una referencia exclusiva, para abordar la cuestión de las nacionalidades y definir la actitud frente a los movimientos de emancipación de las naciones sometidas, que emergen sobre todo en unos tipos de sociedades agrarias, preindustriales, o en sociedades en vías de transformación, en particular en los vastos imperios multiétnicos de Europa central y oriental, cuyos rasgos evolutivos divergen del modelo occidental, del «Occidente desarrollado de forma enteramente burguesa.»

Por lo demás, el lector de los textos de Marx y Engels queda inevitablemente sorprendido por el vocabulario anticuado que emplean en el terreno nacional y por la óptica desde la que juzgan: la de cultura, civilización, misión civilizadora, naciones avanzadas portadoras de cultura, pueblos periféricos calificados de «salvajes», «reliquias etnográficas», etc.

Así, en mil años de historia de la Europa del Este, Engels descubre un proceso de regresión permanente de las «nacionalidades moribundas»,

comportamiento de estos «pueblos primitivos», situado en esta perspectiva, aparece como una resistencia étnica de tipo precapitalista a las tendencias hacia la formación de naciones modernas, hacia la ruptura de las barreras de los particularismos feudales y de las estructuras arcaicas. La asociación es tanto más seductora cuanto que la embrollada cuestión de las nacionalidades se confunde a menudo, en la Europa del este y del sudeste, con oposiciones étnicas, religiosas y lingüísticas exacerbadas por la complejidad del proceso de formación de las distintas nacionalidades, el estadio desigual de desarrollo y la especificidad de sus reivindicaciones respectivas. La actitud de la burguesía naciente, portavoz de las aspiraciones nacionales, contribuye ampliamente a que la significación de esta lucha quede oculta o se muestre a través de un espejo deformante. Actitud desconcertante, a imagen de su situación en el imperio de los Habsburgo, de los Romanov o de los Sultanes. Dependiendo del poder, del que obtiene sus privilegios, es aliada de las fuerzas conservadoras del orden establecido; como víctima de la desigualdad y de la opresión política y social, se siente empujada a adoptar una actitud de resistencia, aunque sin una clara ideología política y social. Al estar animada por la esperanza de encontrar apoyo en las grandes potencias, en particular Rusia, se hace vulnerable a las manipulaciones de sus protectores en sus intereses dinásticos.

La abundancia de calificativos, los conceptos paradojales, incluso «antimarxistas», su frecuencia y su contexto, sobre todo en el caso de Engels, hacen suponer que no se trata ni de simples imágenes surgidas al correr de la pluma, ni de lapsus

significativos. La elección del vocabulario y de las categorías con las que operan traduce una visión determinada por su horizonte, el de «nuestro medio cultural» por emplear la constatación de Kautsky en su intenso intercambio de cartas con Engels durante la primavera y el otoño de 1882. Interrogándose acerca de la actitud de los socialistas ante la cuestión nacional y colonial, Kautsky somete sus reflexiones, que Engels registra sin desmentirse a pesar de todo: «Y quisiera volver a plantearle una cuestión sobre la que he reflexionado sin llegar a resultados claros: ¿cómo se comportará el socialismo respecto a las colonias, por ejemplo en Asia? Así, ¿el proletariado inglés liberará a la India, sí o no? Desde un punto de vista doctrinario, la respuesta es, *a priori*, afirmativa, pero pienso que nuestros principios no son totalmente válidos más que para los pueblos de nuestro medio cultural.» En la misma carta, sitúa los movimientos de emancipación de los eslavos del sur, en particular, «fuera de nuestro medio cultural» (15). El término «principios» utilizado por Kautsky se aplica a un conjunto de actitudes y de posiciones de orden mental y político derivado del horizonte mental de la época de Marx y Engels, tributario del nivel de los conocimientos. «Marx vive su tiempo y su cultura», nos recuerda oportunamente Pierre Vilar (16). Pero debe añadirse que Marx y Engels, sometidos a la presión de la actualidad, soportan el peso de la mentalidad de sus contempo-

(15) Carta a Kautsky del 11 de mayo de 1882. *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*, herausgegeben und bearbeitet von Benedikt Kautsky. Viena, 1955, p. 56.

(16) Pierre Vilar: «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser», *Annales, Economie, Sociétés, Civilisations*, 1973, n.° 1, p. 169.

ricos, en particular de la izquierda europea, sin excluir vestigios de una filosofía de la historia que perpetúan las limitaciones geográficas de los conocimientos de la época. Ya que este medio cultural no está definido tan sólo por el europeocentrismo característico del siglo XIX, sino que es aún más restringido en el espacio, está limitado a las sociedades que han estudiado de cerca y a los países en los que han vivido. En este aspecto, dependen de las fuentes disponibles: el sur de Europa, la cuenca mediterránea, siguen estando poco explorados por la literatura histórica y etnológica a su alcance.

Hasta qué punto los instrumentos mentales de Marx y de Engels en el terreno nacional son tributarios del horizonte mental y del campo histórico, lo revelan tanto el desconcertante aparato conceptual que emplean como las nociones con las que operan. Tradicionales e innovadoras a la vez, están casi siempre tomadas del vocabulario difuso de la época y reflejan la inmadurez del contexto histórico en el tema.

Como ha observado el historiador alemán Hans Ulrich Wehler, Marx emplea «inocentemente» el concepto de nación en la acepción corriente en la época en francés y en inglés, para designar la «sociedad civil» en una identificación de la nación con la sociedad. Con este término, abarca las nociones de «ciudadanía», de «estado-pueblo», de característica nacional o de clase nacional, es decir, la clase dirigente de una nación (17). Aun sin establecer claramente la distinción entre nación y nacionalidad, no utiliza indistintamente estos dos

(17) Hans Ulrich Wehler propone una sistematización del enfoque de Marx de la que hemos tomado algunos elementos, así como a la de Bloom, del cual también

términos. En el vocabulario histórico de Marx y Engels, la nacionalidad es una formación cristalizada en la alta edad media a partir de un «enmarañamiento de pueblos» que precede y puede dar origen a la nación (18). En la época moderna, el término reviste, pues, un doble sentido: en una acepción estrictamente política, pertenencia a un estado, o bien formación no desarrollada en nación, no constituida en estado.

En cuanto al término de nación, recobra el concepto de estado-nación tal como se forjó durante la revolución francesa, a través de la tendencia a hacer coincidir las fronteras estatales con «las fronteras naturales, las fronteras lingüísticas».

La terminología empleada en el terreno nacional proporciona también un buen ejemplo «de las permanencias y los rechazos, de las adquisiciones y las modificaciones» en su vocabulario histórico y político. Sin duda, los marxólogos se han apresurado a detectar y a interpretar las diferencias entre Marx y Engel en el empleo de los conceptos. Esta acentuación es exagerada (18 bis). Se trata

---

Wehler es tributario. Sin embargo, el análisis de Wehler peca por exceso de estatismo.

Otros autores limitan la confusión entre nación y población de un estado a los escritos de juventud de Marx y Engels. Este es el caso, mucho antes de Wehler, de Heinrich Cunow. Johannes Gertler, por lo demás, detecta una evolución: el concepto de pueblo, identificado con el de nación, queda reemplazado por el del proletariado que, una vez victorioso, se identifica con la nación.

(18) *Ueber den Verfall des Feudalismus und das Aufkommen der Bourgeoisie*, MEW, XXI, pp. 395 y ss.

(18 bis) Nos referimos, ante todo, al análisis de Rosdolsky, que diferencia de forma categórica las posiciones de Marx y de Engels, atribuyendo exclusivamente a este último la persistencia «hegeliana» en su actitud ante el problema de las nacionalidades. Rosdolsky sugiere, como explicación, la incomprensión por parte de Engels del carác-

más de una diferencia de términos que de una oposición fundamental, ya que hay una similitud en el análisis y las tomas de posición.

Bajo la pluma, más prudente, de Marx, los términos más frecuentes son los de «naciones revolucionarias-naciones contrarrevolucionarias», mientras que Engels emplea preferentemente la terminología hegeliana: «naciones históricas» o «naciones sin historia» *(geschichtslose)*. Estas últimas son «pueblos que, en el pasado, no han sido capaces de construir estados, y que no tienen ya bastante fuerza para conquistar su independencia nacional en el futuro» (19). Las categorías de Marx son más flexibles para su utilización ulterior, ya que permiten contemplar una modificación en la naturaleza, el papel y el lugar de una nacionalidad determinada en relación al proceso histórico, aun cuando el empleo que hace de ellas en el contexto de 1848 siga siendo rígido. En cambio, el término de pueblos sin historia es restrictivo y ambiguo. Su implicación social reside en su asimilación a «nacionalidades campesinas», «naturales», que constituyen, como tales, obstáculos en la vía de la inversión de las relaciones de dominación entre el hombre y la naturaleza. Las «naciones bárbaras», intrínseca y necesariamente contrarrevolucionarias en su calidad de formaciones naturales

---

ter de clase de la revolución burguesa de 1848. Se dan, desde luego, notables diferencias en los vocabularios de Marx y Engels, pero es tan erróneo disociar totalmente sus posiciones como identificarlas. En el marco de una estrecha colaboración, es Engels el que más especialmente se ocupa de esta problemática, tanto en el terreno político como en el de la investigación. Por consiguiente, la gran mayoría de los textos relativos a la cuestión nacional se deben a la pluma de Engels.

(19) Cf. Rosdolsky, art. cit., p. 87.

agrarias, deben ser, a cualquier precio, forzadas a la civilización, arrancadas a su existencia de «pueblos de agricultores y pastores», cosa que implica su «desnacionalización» (20). La distinción entre las dos categorías está pues subtendida por una oposición entre naciones industriales modernas y naciones agrarias retrógradas, que tiene como corolario la demarcación entre: a) naciones viables, portadoras del desarrollo histórico. Engels enumera estas «naciones indudablemente viables», las «grandes naciones históricas de Europa netamente definidas»: Francia, España, Escandinavia e Inglaterra; Italia, Polonia, Alemania y Hungría. Tan sólo las cuatro últimas, ya sea que están divididas, ya que están bajo control extranjero, se enfrentan al problema nacional en 1848. Así pues, en Europa del Este, Engels sólo designa entre las naciones sometidas a «los húngaros y, hasta cierto punto, a los polacos», como «naciones grandes, compactas, intactas, capaces de una existencia nacional independiente puesto que han sido capaces de resistir las tentativas de absorción por parte de Alemania; b) naciones no viables, retrógradas, que incluyen al mismo tiempo a nacionalidades consideradas ya como extinguidas y a etnias que, debido al desarrollo desigual de la historia, se han mantenido en el estadio patriarcal o feudal, cuyos portavoces tratan de hacer que se les reconozca una personalidad propia, y, por consiguiente, de remontar el curso de la historia y de retrasar un inevitable proceso de asimilación.

La primera categoría incluye «restos dispersos

(20) Para un análisis de conjunto de los conceptos, que abarca la terminología, cf. Hans Mommsen, «Nationalismus, Nationalitätenfrage», *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft*, t. IV, Herder, Freiburg, 1971, pp. 652-653.

de numerosas naciones cuya nacionalidad y vitalidad política están hace tiempo extinguidas... y que se han visto obligadas a seguir las huellas de una nación más fuerte». En esta acentuación, el florecimiento cultural *strictu sensu,* como lo demuestra, para Marx y Engels, el ejemplo de Occitania, no es ningún argumento nacional.

La segunda categoría se sitúa en Europa central y oriental, donde las nacionalidades moribundas, que no han sido capaces de desarrollarse en naciones, «que no han tenido jamás historia ni la energía necesaria», están condenadas a la misma suerte histórica que las naciones no viables de occidente, a ser absorbidas por «naciones más poderosas, capaces de vencer los mayores obstáculos» (21). En suma, las dos categorías incluidas en el término de naciones no viables no son cualitativamente distintas, pero sus destinos, idénticos, están desfasados en un proceso histórico juzgado como inevitable y necesario.

¿Cómo emergen estas nociones, qué empleo hacen de ellas? Para responder a estas dos preguntas

(21) Engels, *Revolution und Konterrevolution in Deutschland,* MEW, VIII, pp. 80-81; *Was hat die Arbeiterklasse mit Polen zu tun?,* MEW, XVI, pp. 156-157.

Según Cunow, Engels califica como naciones a las dos categorías de naciones «sin historia». El problema que de este modo sugiere es el de si para Engels se trata de naciones o de nacionalidades, y el de si concibe, en último análisis, a las «naciones sin historia» como no-naciones, es decir, como entidades étnicas que no existen como naciones. El mismo Cunow, por lo demás, aporta los elementos de una respuesta, subrayando el hecho de que «Engels... realiza la distinción entre cuestión nacional y cuestión de las nacionalidades. La primera se refiere a la aspiración de las grandes naciones a constituir «estados nacionales» y a agregarse los elementos nacionales que han quedado fuera de sus fronteras; la segunda concierne a la reivindicación de las pequeñas naciones de independencia estatal», *op. cit.,* p. 38.

diferentes, es necesario: a) confrontar estos conceptos con su formulación original en el terreno mismo donde surgen: la acción política. Están tomados de la filosofía de la historia de Hegel, y no son en absoluto resultado de operaciones doctrinales y abstractas, sino que están forjados en un acto político en el momento de la confrontación con la cuestión de las nacionalidades: la revolución de 1848; b) examinar en qué medida y en qué contexto se sirven Marx y Engels de ellos en la interpretación, el análisis del presente, y en la definición de una política.

# Capítulo II

Las circunstancias en el momento en que la cuestión nacional irrumpió en la escena europea —la revolución de 1848—, las formas que adoptó, dibujaron la trama del análisis y condicionaron ampliamente la actitud y las posiciones políticas de Marx y Engels ante esta «hidra de múltiples cabezas». Su actitud se alineó sobre la de la izquierda europea, para la cual la revolución de 1848 hubiera debido llevar a término un programa común, promover «la liberación y la unificación de las naciones oprimidas y desgarradas», Italia, Alemania, Polonia, a las que se añade Hungría en 1848, y permitir la creación de la república alemana, concebida en el marco geográfico de la confederación germánica (englobando a los checos, los eslovenos y los italianos del Tirol, así como, territorialmente, una parte del litoral). Era ésta la condición previa para la instauración de libertades democráticas en Europa. Puesto que «para Polonia, Alemania e Italia el paso inicial de cualquier movimiento político debía consistir en tratar de restablecer la unidad nacional, sin la cual la vida nacional no era más que una sombra».

Para la izquierda europea, la estrategia de la re-

volución se articulaba en base a la destrucción del sistema político y estatal establecido por el congreso de Viena, que había trazado el mapa de Europa en función de los intereses diplomáticos, pero no había tomado en cuenta «ni los anhelos e intereses, ni las diferencias nacionales de la población» (22).

Marx y Engels explicaron en distintas ocasiones por qué y cómo la independencia y la unificación de las naciones históricas se habían convertido en el vínculo de la izquierda, y por qué el joven movimiento obrero había hecho suyos esta estrategia y este orden de prioridades. Así, en Alemania, el movimiento obrero y el movimiento nacional, nacidos simultáneamente, no competían, sino que eran solidarios, y trataban de armonizar sus objetivos. Incluso después de 1848, la unidad alemana fue considerada por Liebknecht, y luego por todo el movimiento de Eisenach, como una condición previa para la emancipación de los trabajadores (23).

Esta estrategia, evidentemente, no tomaba muy en cuenta las «múltiples nacionalidades más pequeñas que pueblan el sudeste de Europa», cuya existencia era muy poco conocida, igual que en la época del congreso de Viena, y a las que la izquierda ignoró, en 1848, en nombre de una determinada filosofía de la historia. Las reivindicaciones de nacionalidades consideradas como «pueblos de campesinos sin burguesía, incapaces de desarrollar una cultura y una vida política pro-

(22) MEW, XVI, p. 156.
(23) Cf. Werner Conze, Dieter Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, Ernst Klett Verlag, Stuttgart, 1966, p. 48.

pias» (24) se vieron subordinadas, si no sacrificadas, a los imperativos y a los objetivos de la revolución europea.

1848 pareció ser el gran viraje de la historia, y la izquierda atribuyó a las nacionalidades del imperio de los Habsburgo, marcadas con el estigma de «naciones contrarrevolucionarias», la responsabilidad de haber permitido que pasara de largo esta oportunidad de la humanidad. Los tenaces prejuicios, las reservas, incluso las desconfianzas, sólo difícilmente se borraron de la memoria de la generación del 48.

Ya que el despertar de las nacionalidades oprimidas de Europa central, tras las huellas de la oleada revolucionaria de 1848, la reivindicación de una existencia propia —contra la opresión nacional y social—, se expresaron en medio de la confusión, con una diversidad desconcertante, debida no tanto a la ambigüedad de las formulaciones como a las opciones radicales a las que se enfrentaron. En la lucha por la emancipación, o simplemente por el reconocimiento del derecho elemental a la existencia, los checos, eslovenos, croatas, rumanos, se encontraron frente a un dilema: o bien situarse dentro de la corriente revolucionaria general a escala europea y luchar al lado de las naciones dominadoras, los alemanes y los magiares, en los puestos avanzados de la revolución, o, por el contrario, afirmarse contra ellas, contra los opresores que habían rechazado sus reivindicaciones nacionales y agrarias, convirtiéndose así en aliados de la corte vienesa, en la que sus reivindi-

(24) Cf. F. Zwitter, *Los problemas nacionales en la monarquía de los Habsburgo,* Belgrado, 1960, pp. 58-59. MEW, XVI, p. 156.

caciones parecían tener mejor acogida. Haciendo un cálculo estratégico que pronto se revelaría falso, eligieron la segunda solución, contribuyendo sensiblemente, de este modo, a la derrota de la revolución. De este modo, la significación profunda de sus movimientos no sólo quedó oculta, sino también deformada.

El contexto histórico, la ignorancia de los hechos y la ambigüedad de la política de los revolucionarios —sobre todo en Hungría, donde el gobierno surgido de la revolución estaba dominado por Kossuth— desviaron, ateniéndonos a las explicaciones de Rosdolsky, el curso de los acontecimientos y motivaron las posiciones de Marx y Engels respecto a las nacionalidades, tal como se manifestaron en las «Neue Rheinische Zeitung». Su actitud ante las nacionalidades, en particular ante los eslavos, está fuertemente hipotecada por el problema de Rusia, eje de la Santa Alianza. Marx coloca en primer plano de la revolución una guerra ofensiva contra Rusia, ya que sin la derrota del imperio moscovita no podía triunfar la revolución democrática en Europa. A partir de principios de marzo de 1848, las aspiraciones expresadas por las nacionalidades eslavas se inscriben, para la izquierda alemana, obsesionada por la eventualidad de una intervención armada rusa, en el marco de un deseo de dominación de los eslavos sobre los alemanes en Austria, y se interpretan como una expresión de peneslavismo de la que Rusia no puede dejar de sacar provecho. En cuanto a la posibilidad de una alianza revolucionaria con los movimientos de las nacionalidades, sólo se la toma en cuenta a través de la solidaridad democrática internacional, centrada en el reconocimiento de la existencia nacional y de la independencia de

las dos naciones revolucionarias, Polonia y Hungría, estados-tapón capaces de separar a Rusia de sus posibles terrenos de expansión.

El universo mental de la izquierda alemana, la atmósfera apasionada de la revolución, son esenciales para comprender el tono de unos artículos escritos en el ardor de un combate dramático; pero no bastan para explicar los juicios categóricos y ásperos que se encuentran en sus escritos públicos y privados de los decenios siguientes. Así, refiriéndose a los eslovenos, los croatas o los checos, Engels habla de «pueblos decadentes, incapaces de vivir», que deben «desaparecer en la tormenta revolucionaria mundial», ya que siguen siendo «los principales instrumentos de la contrarrevolución». En referencia a los eslavos, reaparecen constantemente en sus escritos expresiones como «vestigios de pueblos moribundos», «míseros residuos de pueblos», «raza de bandoleros», etc. Podrían citarse, igualmente, procedentes de la pluma de Marx, numerosos juicios sorprendentes, que crearon problemas a biógrafos como Mehring, y que utilizaron sus adversarios para calificarlo de racista.

Se puede, desde luego, invocar su carencia de información (no disponían más que de fuentes de segunda o tercera mano y de informadores partidistas), y, por tanto, de ideas claras sobre el sentido y el contenido de las luchas, en Austria, de nacionalidades que eran víctimas de la injusticia y de la desigualdad, pero puede constatarse también que no se preocuparon por adquirirlas. El desarrollo de los acontecimientos parece confirmar, por lo demás, la desconfianza, y alimentar los juicios hostiles a Marx y Engels. La «desgraciada fatalidad» que, según la expresión de Engels, situó a

las nacionalidades en el campo de la contrarrevolución, ofrece la trama de su condena inapelable, de su actitud hostil, que llega hasta el punto de predicar «el más resuelto terrorismo» contra los pueblos «sin historia» y contrarrevolucionarios. Lo que podría parecer una incomprensión chocante, desconcertante, corresponde de hecho a una actitud política precisa, dictada por su papel en la revolución. Marx y Engels no sólo fueron unos testigos apasionados, sino también unos estrategas exigentes, atentos a la evolución de una situación en la que el espectro del paneslavismo, de una Rusia policía de Europa, se perfilaba cada vez más amenazador y más fatal para la revolución. El movimiento de las nacionalidades se reduce, a partir de ahí, a una maniobra de la corte vienesa o a una manipulación de Rusia. Este análisis enmascara un hecho fundamental: el gobierno revolucionario húngaro practica, respecto a las minorías nacionales —en particular respecto a los croatas y a los rumanos de Transilvania— una política muy firme y opresiva, no dejándoles ninguna opción; sólo se dispone a hacer concesiones en el plano nacional cuando es ya demasiado tarde, cuando las tropas zaristas están a punto de aplastar la revolución húngara.

Después de un ulterior estudio de los acontecimientos, hacia 1860, Marx toma conciencia de ello, como demuestran sus notas de lectura: «En febrero de 1848, los magiares creyeron llegado el momento de *fonder sur la ruine des autres nationalités la grande patrie hongroise, la forte et puissante* nación magiar... Los magiares hicieron de su *cause celle d'une caste...* Resultado de la política magiar: *les Serbes et les Croates relevèrent le trône renversé de l'Autriche et les Roumains de Transyl-*

*vanie* abrieron a los ejércitos rusos el paso de los Cárpatos (25) (*) Pero esta comprensión tardía no le llevaría a revisar sus juicios de conjunto. Marx y Engels no buscan en el período postrrevolucionario ni una confirmación ni un desmentido. Mantienen íntegramente, en su análisis, la condena de las nacionalidades eslavas de Austria. Engels subrayará, en 1852, que las posiciones adoptadas en 1848 no eran circunstanciales, sino que se desprendían de una reflexión y de un análisis en profundidad:

«Desarrollamos la tesis de que las pequeñas naciones arrastradas por la historia, desde hace siglos, de mala gana, tienen que ser forzosamente contrarrevolucionarias, y demostramos cómo su actitud en la revolución de 1848 fue realmente contrarrevolucionaria.» Ahora bien, «entre las pequeñas y grandes naciones de Austria», tan sólo tres han participado activamente en la historia: «los alemanes, los húngaros y los polacos. Por esto es que ahora son revolucionarias. Todas las demás, cepas y pueblos primitivos, están de entrada condenadas a desaparecer en el torbellino revolucionario mundial. Por esto es que son ahora contrarrevolucionarias» (26). Basándose en estas afirmaciones categóricas y reiteradas que se encuentran

(25) Manuscritos de Marx, B 85, Instituto Internacional de Historia social, Amsterdam, Excerpta, Hefte XCI y LXXXV, publicado en *Marx despre România,* Bucarest, 1962, pp. 69, 81, 67.

(*) Pasajes en cursiva, en francés en el texto de Marx. Sucesivamente: fundar sobre la ruina de las demás nacionalidades la gran patria húngara, la fuerte y poderosa; causa la de una casta; los servios y los croatas volvieron a levantar el trono derribado de Austria y los rumanos de Transilvania. *(N. del T.)*

(26) F. Engels, *Der demokratische Panslawismus,* MEW, VI, p. 274. Id., *Der Magyarische Kampf, ibid.,* p. 168.

en los escritos de Marx y Engels hasta los años 1860, el historiador húngaro Erik Molnár constata: «De aquello que sólo dependía de circunstancias transitorias, dedujeron conclusiones definitivas sobre la suerte histórica de estas naciones» (27).

Esta constatación, aun siendo parcial, nos conduce al centro del problema. Esta conclusión sobre el futuro de las nacionalidades de Austria-Hungría permanecerá inmutable. En cambio, el alcance de estos juicios y de sus implicaciones políticas son más fluctuantes en lo que concierne a otras regiones, como los Balcanes. Es legítimo, pues, preguntarse: ¿se trata simplemente de deducciones que cuajan en prejuicios, o de tesis de alcance general, inseparables de la noción misma de «pueblos sin historia»? ¿O hay que verlas quizá como accidentales, contentarse con cargarlas a cuenta del contexto y de un cierto conservadurismo del lenguaje, lo cual convierte en dudosa la importancia concedida a las fórmulas y a los juicios surgidos en unos textos que son más de polémica que de análisis? Sin duda, se conservan largo tiempo los prejuicios y el vocabulario forjados en el torbellino de la revolución y en el ardor de la lucha. La constelación política de después de 1848 fue propicia para este «conservadurismo». El lenguaje puede disfrazar tanto como revelar. Y Marx y Engels se expresan mediante el de su época, mediante las imágenes del romanticismo, con aforismos como «el Danubio es un río reaccionario», porque es la única vía navegable inaccesible a la penetración de la civilización burguesa.

(27) Erik Molnár, *La política de alianzas del marxismo (1848-1889)*, Akademiai Kiadó, Budapest, 1967, p. 58 (Studia Historica Academicae Scientiarum hungaricae).

Es el análisis de los temas abordados por Marx y Engels en los decenios siguientes en relación a la problemática nacional lo que sugiere que su aproximación no se reduce ni a una simple fórmula residual, ni a una terminología accidental, ni a unos prejuicios tenaces. El conjunto «naciones históricas-naciones sin historia» aparece en filigrana en los textos de los años 1850-1860, con variadas connotaciones: unas veces es un juicio de valor, otras un tema de reflexión, otras un concepto, pero siempre es una toma de posición política. Engels precisará los términos sin fundar teóricamente el concepto, que conserva toda su ambigüedad y todas sus contradicciones. Entrará así en el arsenal de la nueva generación marxista, y se incrustará profundamente en el pensamiento de la Segunda Internacional. Una percepción fragmentaria de la noción, inscrita en el contexto de una evolución general y de las metamorfosis sufridas por el pensamiento marxista, favorecerá su desviación en amplios sectores, en particular entre los revisionistas, hacia una interpretación socialdarwinista del fenómeno nacional, perceptible ya en Engels.

¿Cuáles son para Marx y Engels las implicaciones prácticas de esta noción? ¿Se presenta como un instrumento para analizar e interpretar el presente y para elaborar una política en el terreno nacional? La respuesta no puede ser categórica. Lo que aclara su sentido es su utilización. Su inserción y su articulación en un sistema de explicación y de enjuiciamiento tienen que descifrarse y corroborarse a través de casos concretos con los que Marx y Engels se ven confrontados a partir de los años 1850, cuando se plantea agudamente la cuestión de Oriente, que culmina con la guerra

de Crimea. Marx y Engels, que proporcionaron al diario «New York Daily Tribune» una corresponsalía regular, abordaron la problemática nacional a través de la cuestión de los eslavos del sur, y se ocuparon, más concretamente, del problema de las naciones oprimidas en una región determinada, problema que había surgido en los meandros de la política de las potencias y situado, a partir de ahí, en el centro mismo de la *Weltpolitik:* la lucha por el reparto de zonas de influencia entre Francia e Inglaterra, por un lado, y Rusia y Austria, por otro, pone en cuestión la existencia del imperio otomano, pero también cataliza el movimiento de las naciones oprimidas de los Balcanes.

La atención de Marx y de Engels se fija en otro terreno y en otra óptica: el debate sobre la política exterior del movimiento obrero y el interrogante frente a las perspectivas de una revolución en Occidente, considerada inminente. Su forma de tratar la espinosa cuestión de Oriente es el corolario de esto. Se niegan a dejarse encerrar en el dilema que plantea a la opinión pública europea: desmembramiento de Turquía, que conducirá a la dominación rusa o al mantenimiento del *statu quo* que agravará la crisis. Lo esencial, para ellos, está en la naturaleza de esta crisis y del canal por el que se encauzará el proceso de descomposición: «Se trata de encontrarle un sucesor al imperio otomano, y un sucesor que sirva la causa revolucionaria.»

La explotación del problema de las nacionalidades por las grandes potencias alimenta su desconfianza hacia los movimientos seducidos por el principio de las nacionalidades proclamado por Napoleón III. Ven en este principio un instrumento para consolidar el despotismo en Francia y ser-

vir los intereses de Rusia. Aunque estimen, en 1853, que «la solución del problema turco, como la de los demás grandes problemas, le corresponderá a la revolución europea», no pueden despreciar las potencialidades del movimiento de las jóvenes nacionalidades en los Balcanes, es decir, la solución que este movimiento es capaz de segregar para frenar la expansión rusa o austríaca en Turquía. ¿Reside la solución en la formación de un gran estado eslavo en los Balcanes para sustituir al «hombre enfermo» cuya «presencia en Europa constituye un serio obstáculo para el desarrollo de los recursos de la península traco-ilírica»? Marx y Engels, para esbozar una respuesta, toman en consideración datos fundamentales del problema: «Este territorio maravilloso tiene la enorme desgracia de estar habitado por un conglomerado abigarrado de razas y nacionalidades, siendo imposible saber cuál de ellas es la menos apta para el progreso y la civilización.» Para descubrir sus elementos, Engels, especialmente, se entrega a un estudio en profundidad, a través de la literatura asequible (28). Este estudio, con notaciones históricas y etnológicas muy estimulantes, les sirve para situar la problemática subyacente: la posibilidad

(28) La lista de las obras consultadas por Marx y Engels figura en el estudio, estimulante y pionero, de Hermann Wendel, «Der Marxismus und die Südslavenfrage», *Die Gesellschaft*, I, 1924, pp. 153-177.

Este estudio se basa sobre todo en una serie de artículos publicada en 1853 por Marx y Engels en el «New York Daily Tribune»: Engels, «The Real Issue in Turkey», 12 de abril; Engels, «The Turkish Question», 19 de abril; Engels, «What is to become of Turkey in Europe», 21 de abril y los artículos del 2 de septiembre. Marx, «The Turkish Question in the House of Lords»; Marx, «The Turkish Question in the Commons». Trad. alemana, MEW, IX, pp. 13-17, 31-35, 265-285.

del acceso de las naciones sin historia al rango de naciones viables, sin lograr, sin embargo, desenredar el ovillo balcánico, extremadamente complejo. Permanecen los interrogantes y las incertidumbres.

Por un lado, en el imperio otomano, la burguesía *comprador* o capitalista no se ha desarrollado en la etnia turcomusulmana, mientras que las unidades socioeconómicas modernas tienen tendencia a constituirse en el seno de las nacionalidades cristianas, eslavas o griega. Pero ¿permiten estos solos datos prejuzgar un proceso? ¿Presenta esta población la condición necesaria para una existencia nacional, o se reduce a grupos étnicos heterogéneos, que no se han conservado más que gracias al subdesarrollo de las relaciones sociales? ¿Es portadora la burguesía *comprador* de una conciencia nacional, tiene suficiente vitalidad para fundar naciones?

Por otro lado, ¿quiénes son más capaces de asumir el papel de «portaestandarse de la civilización» y de aprovechar las condiciones para el desarrollo industrial que existen en los Balcanes? ¿Los eslavos, los griegos o los rumanos? Abundan las vacilaciones y las oscilaciones. Las preferencias recaen unas veces en unos y otras en otros. A fin de cuentas, son los servios los que le parecen a Engels más especialmente aptos para agrupar en torno suyo a las demás nacionalidades eslavas del sur en una federación balcánica, ya que «el núcleo de una nación, sólido y relativamente ilustrado», se ha constituido ya en Servia.

Aunque Marx y Engels pensaron por un tiempo que la próxima sacudida revolucionaria podría dar nacimiento, en los Balcanes, a un estado libre e independiente, a partir de los años 1860 se produjo un cambio en su apreciación de los destinos

del imperio otomano y de la cuestión de los eslavos del sur; desemboca en una política oriental del socialismo, articulándose en la integridad del imperio otomano. Partiendo de ahí, Marx cuestiona la aptitud de los eslavos del sur para dominar la Turquía europea. Postula, en cambio, una posible regeneración de los turcomusulmanes: «Tomamos partido, decididamente, por los turcos», declara con ocasión de la guerra ruso-turca de 1877-1878, aunque el pueblo turco haya cometido el «error histórico» de «echar a perder una revolución» como resultado de la derrota ante el ejército ruso. En la argumentación se superponen la simpatía —«hemos estudiado al *campesino turco*, y por lo tanto a las masas populares turcas, y con ello hemos aprendido a verlo como *uno de los más capacitados y honrados representantes del campesinado en Europa*»— y el razonamiento político —«¡y héos aquí ahora, bajo la *bandera rusa*, además de a los polacos, a los *turcos*, a los dos pueblos más valientes de Europa, dispuestos a vengarse a costa de Europa de la ofensa sufrida!» (29).

En la correspondencia de Engels de los años 1880, es todavía más chocante el contraste entre los dos momentos de la reflexión, el primero, en que se expresan la simpatía, el apoyo a las tendencias emancipadoras de los pueblos cristianos del imperio otomano, y el segundo, en que se pronuncian los más negativos juicios acerca de los pueblos balcánicos constituidos en estados independientes. Engels habla de «tribus de ladrones», de «esas míseras ruinas de lo que en otro tiempo fueron naciones, servios, búlgaros, griegos y otras

(29) Cartas de Marx a Wilhelm Liebknecht del 4 y del 11 de febrero de 1878, MEW, XXXIV, p. 317 y ss.

raleas de bandidos, por los que se entusiasma el filisteo liberal en interés de Rusia». Ante las objeciones de sus corresponsales, responde: «Soy lo bastante autoritario como para considerar anacrónica la existencia de esos pueblos primitivos en medio de Europa» (30). ¿Cuál ha sido el elemento decisivo que, una vez arrojado en la balanza, ha podido comportar semejante viraje, siendo así que sigue incambiado uno de los datos fundamentales del problema: el carácter retrógrado, esclerotizado, del imperio otomano y de la «dominación turca [que] como toda dominación oriental, es inconciliable con una sociedad capitalista; la plusvalía producida no está segura en manos de los sátrapas y de los pachás codiciosos; falta la condición previa esencial de la apropiación burguesa: seguridad de la persona del comerciante y de la propiedad» (31)? De hecho, este factor endógeno se esfuma ante un segundo dato: los cambios que se han producido en la constelación política de los Balcanes, y el lugar que ocupan en el sistema de las contradicciones de las grandes potencias. Marx y Engels, según admitirá el biógrafo de Marx, Franz Mehring, habían «comprendido muy fácilmente los levantamientos de las nacionalidades eslavas del sur en sus causas efectivas, y muy difícilmente en sus eventuales efectos sobre la política mundial» (32). Su actitud se modifica en los años 1860, tras las tentativas por parte de Rusia por

(30) Carta de Engels a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882, *Eduard Berstein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, ed. Helmut Hirsch, Assen, Van Gorcum, 1970, pp. 82-83, MEW, XXXV, p. 281.

(31) Engels, «Die Auswärtige Politik des russischen Zarenthums», «Die Neue Zeit», VIII, 1890, n.º 5, p. 193, MEW, XXII, p. 31.

(32) Citado según Hermann Wendel, art. cit., p. 172.

convertir a los eslavos del sur en aliados suyos, en nombre de la comunidad de los eslavos, y desde el momento en que a Servia le queda asignado un papel central en los objetivos políticos rusos, el de punto focal en la lucha de Rusia por destruir a Turquía, restaurar su posición en el mar Negro y afianzar su dominación en los Balcanes. Bajo esta luz —que falsea cualquier juicio—, los movimientos nacionales revelan su profunda ambigüedad, así como las mutaciones que se han producido en su concepción y su formación. Independientemente de Marx, ciertos historiadores —como Hans Kohn, autoridad en el tema— admiten que, en la segunda mitad del siglo XIX, estos movimientos nacionales «dejaron de considerarse como movimientos democráticos revolucionarios, y que se convirtieron hasta cierto punto en conservadores y reaccionarios» (33).

Marx y Engels sospecharán, en adelante, que las reivindicaciones de los eslavos del sur enmascaran los designios expansionistas rusos, y ven una confirmación de ello en la balcanización de los años 1880. Dependiendo de las grandes potencias, los nuevos estados nacionales del sudeste europeo, presas de fiebre nacionalista, se han convertido, con su mutua hostilidad, en factores de desequilibrio y de tensión en Europa, en el foco de una guerra europea preventiva para salvar la dominación de la burguesía de las grandes poten-

(33) Hans Kohn, «Nationalism and Internationalism in the nineteenth and twentieth centuries», in *Rapports I. Grands Thèmes*. Comité International des sciences historiques, XIIè Congrès international des Sciences historiques, Viena, 1966, p. 191-240.

cias, retrasando, de este modo, durante decenios, el movimiento obrero internacional (34).

Yendo más allá del viraje en función de la coyuntura internacional, la andadura de Marx y Engels por la cuestión de los eslavos del sur pone en relieve su forma de integrar el problema de las naciones históricas y sin historia en un conjunto estructurado en el que la cuestión nacional se ve enfocada en relación al movedizo contexto y al grado de desarrollo histórico de los diversos pueblos, en relación a las perspectivas de la viniente revolución europea.

Los conceptos de «naciones históricas» y de «naciones sin historia» traducen, indudablemente, unos prejuicios inscritos en un campo histórico y en un horizonte mental que repercuten en las tomas de posición políticas; aportan las premisas de un itinerario, pero no son el itinerario. Su ambigüedad se ve acentuada por la pluralidad de los empleos que se hace de ellos. El término «nación sin historia» reviste sentidos distintos según la trayectoria en la que se injerta. Puede implicar la condena irreversible de determinadas nacionalidades en la escena de la historia, en favor de

(34) En 1886, tras la anexión de Rumelia por Bulgaria, la guerra servo-búlgara y el golpe de estado que había derribado a Alejandro de Battenberg, reemplazándolo por un consejo de regencia que practicó una política hostil a Rusia, Engels precisa, sin embargo, que las aspiraciones «a la anexión de algunos servios y búlgaros que siguen siendo turcos» no pueden realizarse más que con peligro de una guerra europea «que la causa no merece... Por otra parte, en las actuales circunstancias —añade Engels—, cualquier nuevo ataque contra los turcos tendría, como único resultado, que las pequeñas naciones victoriosas —y sólo podrían resultar victoriosas gracias a los rusos— o bien caerían de inmediato bajo el yugo ruso, o bien —cf. el mapa lingüístico— llegarían irremisiblemente a las manos unas contra otras». Carta a Bernstein del 9 de octubre de 1886, *op. cit.*, p. 344.

naciones cuya importancia europea y cuya vitalidad han quedado demostradas. Pero insertado en la interrogación sobre la posibilidad del acceso de las naciones sin historia al devenir histórico, se convierte en reflejo de una dinámica del movimiento histórico y no en la fijación de una dicotomía. En esta acepción, el término de «naciones sin historia» se emplea más bien para designar un desfase o un modo específico de existencia histórica, un determinado estadio de la historia —que se perpetúa en el inmovilismo debido al peso de estructuras atrasadas—, susceptible de no ser más que una realidad transitoria y, por lo tanto, de desaparecer en el curso de las conmociones o de las transformaciones ulteriores. A partir de ahí, la noción no es ya la negación del postulado metodológico fundamental del marxismo —aprehender los fenómenos sociales en su historicidad—, sino su transposición y su adaptación. Como juicio de hecho y elemento de explicación, trasciende la coyuntura en la historia universal, y al mismo tiempo sirve para la inserción del fenómeno nacional en un proceso socioeconómico a largo plazo. De este empleo limitativo y de la noción ambigua de «pueblos sin historia», asociada siempre al concepto perfectamente definido de «opresión» y de «emancipación» nacionales, se desprenden sus implicaciones para la praxis: no existen casillas para clasificar y delimitar mecánicamente las naciones maduras para la independencia y las que no son viables, como no existe ningún criterio fijo, ningún principio general de las nacionalidades que pueda aplicarse a todas las naciones en toda circunstancia. La negativa a una separación rígida entre las dos categorías se expresa en el hecho de que el concepto de naciones sin historia se ve enmendado

por Engels en 1860, en función del puesto que puede ocupar una nación determinada en el proceso de extensión de la revolución democrática burguesa en Oriente. En los Balcanes, las nacionalidades eslavas pueden tomar por su cuenta el desencadenamiento del proceso de desarrollo, convertirse en agentes del progreso social, y conquistar, de ese modo, «el derecho a la civilización contra la barbarie, al progreso contra el inmovilismo, en suma, el derecho al desarrollo histórico» (35), en la medida en que un estado eslavo libre e independiente cumpla la misión que se le asigna: destruir los vestigios del sistema precapitalista, frenar la implantación colonial de las grandes potencias. Pero no basta, para conquistar este derecho al desarrollo histórico, el acceso endógeno a la civilización, de la misma forma que la viabilidad eventual o potencial de una nación no es sinónimo de su necesidad histórica. Ya que dotarse de un estado nacional o expresar sentimientos nacionales no constituye ninguna prueba de vitalidad política en una nación sin historia. En este punto, se mantienen sin cambios las posiciones del viejo Engels. Igual que en 1848, la prueba de la vitalidad de una nación está en su aptitud para confundir su lucha con la causa del progreso social: las que se unen a la reacción se demuestran inaptas para la evolución y la vida. El caso de los eslavos del sur se muestra entonces a Engels como una ilustración de la «ironía de la historia universal». En lugar de aprovechar la oportunidad de reintroducirse en la historia, convirtiéndose en los sucesores del imperio otomano, capaces de servir la causa revolucionaria, se convierten en instrumento de un «ridícu-

(35) Cf. Bloom, *op. cit.*, p. 43.

lo movimiento antihistórico» de la Rusia zarista y del paneslavismo, sin otro objetivo que someter «el Occidente civilizado al Oriente bárbaro, la ciudad al campo, el comercio, la industria y el saber a la agricultura primitiva de los siervos eslavos» (36), condenándose de este modo a permanecer al margen de la historia al menos hasta la caída del zarismo. Por esto mismo, la cuestión de los eslavos del sur deja de ser, para Engels, un problema de emancipación nacional, queda relegada entre los accesorios de la historia, tratada como un aspecto incidental de los grandes complejos mundiales que importan a la política exterior de la clase obrera, respecto a la cual no se modifica la posición de pricipio en función de la coyuntura (37).

(36) «Para los búlgaros, igual que para nosotros, hubiera sido infinitamente mejor que siguieran siendo turcos hasta la revolución europea», reafirma Engels en 1886. Carta citada a Bernstein del 9 de octubre de 1886, p. 343.

(37) Es significativo que, en una coyuntura dada, en una crisis política, el hecho de que una de esas jóvenes naciones «se comporte mejor de lo que podía esperarse» no implique automáticamente una modificación de principios. A Bernstein, que se pregunta si «seguimos teniendo razones para oponernos fundamentalmente a las aspiraciones de emancipación de los eslavos del sur», Engels le contesta reafirmando los principios incambiados. Cf. cartas del 17 de septiembre y del 9 de octubre de 1886, páginas 339-344.

# Capítulo III

Hacia el cambio de siglo, la actitud de los «fundadores» ante la cuestión de los eslavos del sur se convirtió en algo embarazoso para la socialdemocracia, en plena expansión. Los partidos socialistas que se reclamaban del marxismo, implantados ya en la península balcánica, se ven estorbados en su actividad por unos juicios categóricos que los desacreditan ante la opinión pública de unas naciones jóvenes, susceptibles y vulnerables en su orgullo nacional, preocupadas por la continuidad de su pasado y el reconocimiento de su identidad. ¿Cómo explicar esa discordancia entre los principios proclamados —tomar partido por la liberación nacional como exigencia democrática— y la actitud negativa de Marx y Engels frente a las reivindicaciones de los eslavos del sur?

Kautsky se dedicó, en 1908, a proporcionar la respuesta que podía satisfacer la ortodoxia. La contradicción en las posiciones de Marx y de Engels sólo es aparente —sostiene en lo esencial—, ya que el problema de las naciones oprimidas y el de su emancipación en los años 1850-1860 se complicaba con el conflicto entre la democracia y las aspiraciones nacionales como resultado de las maniobras

de las grandes potencias, que trataban de utilizar el despertar nacional de los pueblos oprimidos de los Balcanes en provecho de intereses dinásticos. A partir de ahí, este conflicto define el deber de los socialistas «de no dejarse engañar y arrastrar por la ilusión nacional, sino, por el contrario, de someterla a una crítica rigurosa» (38).

Este tipo de justificación ideológica podía mitigar las dudas de los militantes, pero dejaba en suspenso el equívoco sobre la naturaleza y el alcance del itinerario de Marx y Engels, cuya coherencia residía tanto en la forma de plantear el problema como en la de enfocar las soluciones. Kautsky, en efecto, deja de lado un elemento de explicación significativo: *a)* la actitud de Marx y Engels ante los eslavos del sur no se reduce a una toma de posición particular, únicamente dictada por la coyuntura política internacional, sino que corresponde a exigencias políticas situadas en la base misma de su itinerario en la cuestión nacional; *b)* estas exigencias se clarifican y formulan a partir del estudio de la realidad y de la significación de la «opresión» y de la «emancipación» nacionales, y desembocan en una definición de los conceptos correspondientes.

El estudio de la cuestión de Oriente sirve, sobre todo a Engels, para profundizar teóricamente una enseñanza obtenida de la praxis de 1848, que se expresa ya a través de las posiciones adoptadas durante la revolución. Rosdolsky resume perfectamente la idea desarrollada y defendida por Engels en la «Neue Rheinische Zeitung»: «El *solo* hecho de una opresión nacional no obliga en absoluto a

(38) Karl Kautsky, «Die nationalen Aufgaben der Sozialisten unter den Balkanslawen», «Der Kampf», 1908, p. 106.

la democracia a tomar partido en favor de la nacionalidad oprimida; ese deber no aparece más que cuando las actividades políticas de esta nacionalidad revisten un carácter revolucionario y sirven, de este modo, los intereses particulares de la democracia; si no, el «sedicente» movimiento nacional no podría tener el derecho de ser apoyado» (39).

Esta posición, juzgada como «dura, demasiado dura», desconcierta a un historiador generoso como Davis. A semejanza de Kautsky, trata de «disculparlos» interpretando esta actitud como transitoria y alegando: «Pero de todos modos Marx y Engels, cada cual por su lado, cambiaron su modo de pensar durante los años 1850». Con la ayuda de citas aisladas de su contexto, se esfuerza por demostrar que tomaron «partido, cada cual por su lado, por la nacionalidad oprimida *como tal*, sin fijarse exclusivamente en el carácter revolucionario de su acción política» (40).

En realidad, los juicios y opiniones emitidos por Marx y Engels en 1848 no sufrirán modificaciones, aun cuando puedan detectarse oscilaciones. Ya que corresponden a un momento importante de su evolución política y prefiguran una ruptura y una conclusión de alcance general, maduradas posteriormente mediante estudios en profundidad y largas reflexiones. Unos treinta años más tarde, viendo repetirse la historia a través de la actitud de la nueva generación de marxistas, Engels confió a un Bernstein inflamado por la causa de los insurgentes de Herzegovina: «En la medida en

(39) Rosdolsky, art. cit., pp. 98-99.

(40) Horace B. Davis, *Nationalism and Socialism. Marxist and Labor Theories of Nationalism to 1917*, New York, Londres, 1967.

que hayamos pasado primero por el liberalismo y el radicalismo, todos hemos abrigado originalmente esas simpatías por todas las nacionalidades "oprimidas", y sólo yo sé cuánto tiempo y estudios he necesitado para liberarme de ellas definitivamente». Las lecturas y los estudios emprendidos durante los años 1850 marcaron, pues, la ruptura con una visión romántica y una actitud sentimental ante la causa de las naciones oprimidas: la de unas simpatías adquiridas y del sostenimiento *ab ovo* respecto a todos los movimientos de emancipación. No hay lugar, en política, para las «simpatías poéticas»; Marx y Engels se niegan a dejarse guiar en sus juicios por «la ilusión momentánea de un pueblo», por la idea que este pueblo se hace del alcance de su lucha y de sus aspiraciones, de su vitalidad, de su voluntad concreta de crear una nación. Asumen como tarea, por el contrario, frenar las tendencias de los socialistas al sentimentalismo y ponerlos constantemente en guardia contra los liberales, «los filisteos que se inflaman por las nacionalidades». El apoyo sentimental concedido por Palmerston a las pequeñas naciones provoca sus sarcasmos, condenan violentamente el principio de las nacionalidades proclamado por Napoleón III y lo presentan como un ardid del paneslavismo (41).

El rechazo de lo emocional se basa en un postulado teórico y político preciso: la historicidad de los conceptos de opresión y de emancipación (42).

(41) Carta citada a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882, p. 81. MEW, XVI, pp. 156-158.

(42) Ver, al respecto, las observaciones pertinentes de F. Andreucci, «Engels, la questione coloniale e la rivoluzione in occidente», *Studi Storici*, XI, n.° 3, julio-septiembre de 1971, pp. 454 y ss.

No se trata de abstracciones situadas fuera del tiempo y del contexto, ni de categorías antinómicas, sino de nociones que recubren unas realidades históricas diferentes y en movimiento. La emancipación nacional cuenta menos en sí misma que por sus consecuencias. Ni las formas de lucha, como la insurrección, ni los objetivos anunciados son criterios para el enjuiciamiento. Ya que puede darse una perfecta sincronía entre la lucha emancipadora, realizada con medios revolucionarios, y los objetivos perseguidos, que sirven los intereses de la reacción. La importancia no reside pues, exclusivamente, en la fuerza motriz y hegemónica de estos movimientos, sino en el papel histórico que desempeñan. Así, en los años 1860-1870, siguen considerando revolucionaria la lucha por la unificación de Italia y de Alemania, pese a que se realiza en el interés de clase exclusivo de la burguesía y se lleva a cabo por medio de «ejecutores testamentarios» de 1848 tan conservadores como Bismarck y Cavour. Marx y Engels escrutan los movimientos de su época con una mirada crítica, dentro de una perspectiva netamente definida: igual que ponen en guardia contra las abstracciones se niegan a juzgar a través de acontecimientos coyunturales. Su apreciación se articula en torno a preguntas: tal o cual nación oprimida, ¿dispone de la vitalidad necesaria? ¿Es capaz de demostrarlo? Su acceso a la independencia, ¿va en el sentido de la historia? ¿Cómo se inserta en la matriz de la estrategia global de la revolución? Es la actitud ante la resurrección nacional de Polonia, más que el ejemplo de las «grandes naciones», lo que constituye la mejor ilustración del itinerario marxiano.

La cuestión polaca fue, por un momento, cen-

tral en sus preocupaciones respecto al problema nacional, y suscitó numerosos textos de importancia primordial. Estos textos permiten ver qué puesto tienen los *a priori*, las consideraciones doctrinarias y los imperativos y cálculos estratégicos en su manera de abordar la cuestión del reconocimiento del derecho a la existencia nacional. Indudablemente, la causa de Polonia se beneficia de una tradición sólida y constante de simpatía activa por parte de los demócratas y los revolucionarios europeos a través de todo el siglo XIX. Se convierte en el símbolo de la lucha por la libertad. Después de 1848, «el nombre de Polonia readquiere un nuevo brillo a ojos de la democracia y de la revolución del mundo entero. Desde entonces, los polacos fueron considerados durante mucho tiempo como el pueblo elegido de la revolución» (43). También en Marx y Engels es considerable la simpatía adquirida a través de una larga lucha, y la nación polaca, «que desde 1792 había hecho más por la revolución que las tres naciones juntas» (Hungría, Italia, Alemania), goza de un prejuicio favorable, testimoniado por la intervención de Marx, en 1875, en el mitín conme-

(43) Karl Kautsky, *Krieg und Demokratie. Eine historische Untersuchung und Darstellung ihrer Wechselwirkung in der Neuzeit*, Berlín, 1932, vol. I, p. 412. «Marx y Polonia» ha suscitado numerosos trabajos, entre ellos el estudio erudito de David Riazanov, «Karl Marx und Friedrich Engels über die Polenfrage», publicado en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, Leipzig, VI, 1916, pp. 175-221. Entre las obras recientes, hay que señalar dos, de orientaciones muy distintas, que reflejan la historiografía de los países en los que se han realizado: la monografía de C. Bobinska, *Marx und Engels über polnische Probleme* (trad. del polaco), Berlín Este, 1958; y la introducción de Werner Conze a: Karl Marx, *Manuskripte über die polnische Frage (1863-1864)*, Mouton, La Haya, 1961, pp. 7-41.

morativo de la insurrección de 1863: «La razón principal de la simpatía de la clase obrera por Polonia es la siguiente: Polonia no es tan sólo la rama eslava, también es el único pueblo europeo que haya combatido y siga combatiendo como *soldado cosmopolita de la revolución* (44).» El movimiento polaco de liberación nacional se había situado pues siempre, según su estimación, en la punta del movimiento revolucionario, y la actitud ante la causa polaca era, desde 1789, el criterio que permitía medir el alineamiento y la temperatura revolucionarias. Era progresista por esencia, en la medida en que la causa polaca se identificaba a la de la revolución. O, como precisó Engels en 1874: «Polonia, más aún que Francia, se encuentra, por su desarrollo histórico y su situación actual, ante la opción: o bien ser revolucionaria, o bien desaparecer» (45). Pero la adhesión de Marx y Engels se basaba en otras consideraciones —de orden doctrinal tanto como político— mucho más importantes que el valor atribuido al símbolo.

A través de la lucha ininterrumpida de los polacos, no desmoralizados por fracasos a menudo sangrientos, Marx y Engels descubren la viabilidad de la nación polaca, que sigue siendo un criterio de enjuiciamiento en su reconocimiento como nación, y funda su «derecho histórico a la independencia y a la autodeterminación». Todavía en 1892, Engels subraya: «El desarrollo acelerado de la industria polaca, que ha sobrepasado a la industria rusa, prueba una vez más la indestructiva fuerza vital del pueblo polaco. Es una

(44) *Für Polen*, MEW, XVIII, p. 574.
(45) Engels, *Flüchtlingsliteratur. I. Eine polnische Proklamation, op. cit.*, p. 526.

nueva garantía de su próxima restauración nacional» (46).

Desde el punto de vista teórico, igualmente, la lucha polaca reviste un valor significativo; era la demostración viva de la tesis según la cual tan sólo la democracia era capaz de conquistar la independencia. El levantamiento de Cracovia, en 1846, fue un clamoroso ejemplo de la identificación de la causa nacional con la de la democracia. En adelante, el apoyo de Marx y Engels no se aplica ya a una independencia polaca que reuniera la antigua Polonia de la nobleza, sino a lo que a partir de entonces había que establecer: una Polonia independiente, capaz de realizar la democracia agraria. «Los comunistas sostienen, entre los polacos, al partido que convierte a la revolución agraria en la condición de la liberación nacional, el mismo partido que suscitó la insurrección de Cracovia en 1846», proclamaba el *Manifiesto Comunista.* Ya que «una democracia polaca era imposible sin la abolición de los derechos feudales, sin el movimiento agrario que transformaría a los campesinos tributarios en propietarios libres, en propietarios modernos». En la perspectiva de la revolución burguesa a realizarse, la interdependencia entre las dos dimensiones, la nacional y la social, es orgánica y dialéctica, y, a fin de cuentas, la democracia agraria es imposible sin la conquista de la existencia nacional» (47).

El razonamiento es político y de orden estraté-

(46) Prefacio a la edición polaca del *Manifiesto comunista.*

(47) Celebración en Bruselas del segundo aniversario de la revolución polaca del 22 de febrero de 1846, reproducido en el original francés por Riazanov, art. cit., p. 206 (discurso de Marx); cf. también F. Engels, *Die Polendebatte in Frankfurt,* MEW, V, p. 345.

gico. Es pues bajo este ángulo que Marx y Engels postulan la «necesidad de bronce» de que «Polonia vuelva a liberarse», tal como reafirman en 1875: «Otra razón de la simpatía del partido obrero por la resurrección de Polonia: su particular situación geográfica, militar e histórica. El reparto de Polonia es el cemento que une entre ellos a los tres grandes despotismos militares: Rusia, Prusia y Austria. Solamente el restablecimiento de Polonia puede romper este vínculo y liquidar, de este modo, el mayor obstáculo de la emancipación de los pueblos europeos». Por esto es que uno de los objetivos de la revolución alemana de 1848 hubiera debido ser la creación de una Polonia independiente que pudiera, como entidad estatal, alzarse como un bastión entre Prusia y Rusia. «Mientras ayudemos a oprimir a Polonia, mientras soldemos una parte de Polonia a Alemania, seguiremos soldados a Rusia y a la política rusa y no podremos romper totalmente, en nuestro país, el absolutismo patriarco-feudal» (48). Esta es la advertencia que Marx y Engels hacen a la vacilante izquierda alemana. Es por esto, proclaman, que «la existencia nacional de Polonia para nadie es tan necesaria como para nosotros, los alemanes» (49). Puesto que, sin una Polonia independiente, no puede darse una Alemania independiente y unificada. Esta misión de Polonia —barrera contra la amenaza del «coloso contrarrevolucionario»— es uno de los criterios cardinales que guían a Marx y Engels.

Marx, por lo demás, resume perentoriamente

(48) *Id.*, p. 333.
(49) «Polen, Preussen und Russland» in Karl Marx, *Manuskripte über die polnische Frage, op. cit.*, p. 93.

los datos en uno de estos inéditos: «Restablecer a Polonia significa destituir a Rusia de su candidatura a la dominación mundial». La absorción de Polonia por Rusia sería el «hundimiento del único dique contra el maremoto eslavo. Para Alemania, todos los problemas de política exterior se reducen, por consiguiente, a un solo problema: el restablecimiento de Polonia» (49). Y en una reunión pública, en 1867, proclama: «La barbarie asiática, bajo la dirección moscovita, se abalanzará sobre su cabeza [la de Europa] como una avalancha, o, si no, tendrá que restablecer a Polonia, colocando, de este modo, entre ella y Asia a veinte millones de héroes, ganando el tiempo de respiro necesario para la realización de su regeneración social» (50). Esta es la posición que vuelven a adoptar a finales del año 1880, cuando declaran: «El grito de «¡Viva Polonia!» ha significado siempre: muerte a la Santa Alianza, muerte al despotismo militar de Rusia, de Prusia y de Austria, muerte a la dominación mongol sobre la sociedad moderna» (51).

Aunque la necesidad del restablecimiento de Polonia es una consigna constante para Marx y Engels, lo cierto es que no es incondicional y que no entra en el arsenal de los prejuicios fijos. Sus juicios, por el contrario, responden a consideraciones políticas. Las fluctuaciones en su actitud se ordenan en función de la acuidad y de la incidencia de la cuestión en la política internacional

(50) Marx, «Alocución en el mitin polaco en Londres», 22 de enero de 1867, MEW, XVI, p. 204.
(51) Publicación original del discurso en polaco («Do meetingu w Genevie, zwolanego na pamiatke 50ej rocziny Revoluciji Polskiej 1830 r.») in Riazanov, art. cit., pp. 220-221; MEW, XIX, pp. 239-240.

y de las tareas que de ella se desprenden para el movimiento revolucionario. Se puede incluso descubrir, en los años 1850, una diferencia de apreciación. Así, Engels comunica a Marx, en 1851: «Cuanto más reflexiono sobre la historia, más me doy cuenta de que Polonia es una *nation foutue* (*) que no puede ya ser utilizada como medio hasta que la misma Rusia se vea arrastrada a la revolución agraria. A partir de ese momento, Polonia deja por completo de tener *razón de ser.*» Y añadía, en 1853, en una carta a Weydemeyer, refiriéndose, esta vez, a una dimensión nacional y social oculta: «Y en lo que respecta a las antiguas provincias polacas de este lado del Dvina y del Dniepr, nunca más he querido volver a oír hablar de ellas desde que me enteré de que todos los campesinos son ucranianos y de que sólo algunos nobles y habitantes de las ciudades son polacos, y de que, para los campesinos, la restauración del estado polaco significaría, ante todo, la restauración de los nobles en todo su poder, como en el caso de la Galitzia ucraniana en 1846» (52). Estas vacilaciones incitaron a Marx a dedicarse de nuevo al estudio de la historia polaca. En una respuesta a Engels, en 1856, reafirmó el «hecho histórico» que le había «hecho tomar *dé-*

(*) «Nación jodida.» En francés en el texto de Engels. *(N. del T.)*

(52) Sin embargo, en lo esencial, las oscilaciones de Engels están referidas a la suerte de la Polonia prusiana. El fracaso de la revolución de 1848 lo impulsa a reivindicar su unión a Alemania, que sería compensada por un eventual estado polaco mediante una extensión hacia el este. Cf. *Revolution und Konterrevolution in Deutschland*, MEW, VIII, p. 51. Cf. también carta de Engels a Marx del 23 de mayo de 1851, MEW, XXVII, pp. 265, 268; carta de Engels a Weydemeyer del 12 de abril de 1853, MEW, XXVIII, página 577.

*cidément* (*) partido por Polonia»: su papel de «termómetro exterior» de las pulsaciones revolucionarias (53).

Sin renunciar nunca del todo a la reivindicación de una Polonia independiente, Marx y Engels relativizaron aquello que no habían considerado como un objetivo en sí mismo, sino como un estadio transitorio que podía perder su razón de ser. Así, la perspectiva fugaz, a principios de los años 1860, de una revolución campesina en Rusia, consecutiva a la abolición de la servidumbre, incitó momentáneamente a Marx y Engels a declarar caduca la necesidad del restablecimiento de Polonia, que ulteriormente ya no consideraron, ni muchísimo menos, incompatible con los intereses de la Rusia revolucionaria.

Por encima de las oscilaciones, puede descubrirse una constante: «Polonia figura, indiscutiblemente, entre los pueblos necesarios», según el término tomado en préstamo a un «historiador francés», probablemente Louis Blanc. Una nación doblemente necesaria: 1) como «bastión de la democracia europea frente al amenazador ataque de la reacción rusa»; 2) como levadura en la fermentación revolucionaria alemana y europea (54).

Poniendo un límite a las reservas, la insurrección de 1863, que reanimó las esperanzas de Marx y de Engels en un renacimiento de la era

(*) «Decididamente.» En francés en el texto de Marx. *(N. del T.)*

(53) Carta del 2 de diciembre de 1856, MEW, XXIX, página 88.

(54) MEW, V, p. 332. Es Wendel el que atribuye la expresión de «pueblos necesarios» a Louis Blanc. La expresión citada del punto 1 es de Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke,* Berlín, 1970, pp. 30-31.

de las revoluciones, aportó la confirmación clamorosa del papel de «nación necesaria» que incumbía a Polonia: demostró que el movimiento nacional polaco seguía siendo revolucionario. El levantamiento polaco contra el zarismo se convirtió entonces en la causa de la clase obrera. Aunque los sentimientos en favor de Polonia independiente se reavivaron en la opinión liberal, fue sobre todo en el joven movimiento obrero donde la insurrección despertó una poderosa y violenta corriente de simpatía: en Inglaterra, en particular, los obreros se quedaron solos en la defensa de la causa de los insurrectos. «En este momento fatal, la clase obrera alemana le debe al extranjero, y a su propio honor, el protestar vigorosamente contra la traición alemana a Polonia... Debe inscribir en su estandarte, con letras de fuego, el *restablecimiento de Polonia,* después de haber borrado el liberalismo burgués del suyo esta divisa gloriosa (55).

En Inglaterra y en Francia, la causa de Polonia alimentó la oleada de solidaridad obrera que dio nacimiento a la corriente internacionalista. El 22 de julio de 1863, los trabajadores ingleses y franceses se reunían en St. James' Hall, en Londres, para incitar a los gobiernos de ambos países a intervenir enérgicamente en favor de Polonia. Esta agitación desempeñó un papel primordial en la fundación de la Primera Internacional, que fue proclamada en septiembre de 1864, con oca-

(55) Véase, al respecto, el estudio de Jacques Rougerie, «Sur l'histoire de la Première Internationale. Bilan d'un colloque et de quelques récents travaux», *Mouvement Social,* n.° 51, abril-junio de 1965, p. 29; «Proclama de la Asociación de educación obrera de Londres», octubre de 1863, MEW, XV, pp. 576 y ss.

sión de un mitín de simpatía por Polonia, en St. Martin's Hall. Para la AIT, desde su nacimiento, la cuestión de Polonia se sitúa en el centro de la política internacional en la que el movimiento obrero debía ejercer su influencia.

Siguió constantemente inscrita en la agenda de la AIT, gracias a Marx, que estaba convencido de que, para el partido obrero de Europa, la emancipación de Polonia presentaba un interés decisivo. Según los términos de una resolución que presentó a la conferencia de Londres, en 1865, consideraba «imperioso el aniquilamiento de la influencia invasora de Rusia en Polonia, aplicando a Polonia el «derecho de todo pueblo a disponer de sí mismo», y restaurando el país sobre una base social y democrática» (56). Se esforzó por explicitar la significación del pasaje de la AIT que reivindicaba «el restablecimiento de Polonia como uno de los objetivos de la política obrera»: no existía ninguna contradicción entre los objetivos internacionalistas de la AIT y la reivindicación de la autodeterminación de una nación. Su punto de vista chocó con resistencias en el seno del Consejo General. De ello resultó una larga lucha contra «los ingenuos que piensan que Polonia ha dejado de ser una nación necesaria» (57). Marx no se cansó de reafirmar: «Sin la independencia de Polonia, no podrá instaurarse en Europa ninguna libertad».

La causa polaca provocó pues, en la Internacional, un enfrentamiento cuyo alcance desbordó

(56) Llega incluso a decir «socialista», citando este texto en 1878. Cf. Maximilien Rubel, «Aux origines de l'Internationale», *Mouvement Social*, n.° 51, abril-junio de 1965, p. 70.
(57) MEW, XVI, p. 201.

su objeto, puso en evidencia unas actitudes ante la problemática nacional extendidas en el movimiento obrero, ante todo la negativa a abordarla. Así, el belga César de Paepe considera la cuestión extraña a la clase obrera, «ya que la restauración de Polonia no puede aprovechar más que a tres clases: la alta nobleza, la baja nobleza y el clero» (58). La cuestión polaca se convierte, sobre todo, en «el punto neurálgico de la polémica», negándose los proudhonianos a hacer de Polonia un caso especial inscribiéndolo en la orden del día de la AIT. Estas distintas tomas de posición traducen la confusión que reina en el movimiento obrero sobre el problema nacional, la profundidad de las tendencias a su negación, tal como las expresa Bakunin en el congreso de Basilea, en 1869, cuando reclama «la destrucción de todos los estados nacionales y territoriales, y, sobre sus ruinas, la construcción del estado internacional de millones de trabajadores, estado que será tarea de la Internacional constituir». A partir de este debate se cristaliza uno de los aspectos neurálgicos de la problemática nacional, el derecho de las naciones a la autodeterminación. La forma de abordar la cuestión polaca concretó los términos de la controversia, que se remontaba a 1848, y que concernía al significado del derecho de autodeterminación. Se enfrentaron entonces dos tesis: la de Bakunin, según el cual toda nación era un hecho natural y debía disponer sin limitaciones del derecho natural a la independencia, según el principio absoluto de la libertad (59); y la de Marx y Engels, que rechazaban

(58) M. Rubel, art. cit., pp. 70-71.
(59) Sobre la actitud de Bakunin, cf. H. Davis, *op. cit.*

las «lamentables reivindicaciones de independencia nacional» de las nacionalidades eslavas, calificaban de «paneslavismo democrático» la posición de Bakunin, y mantenían el punto de vista de que el derecho de autodeterminación no era ningún principio absoluto, válido para todos los pueblos indistintamente, como tampoco era históricamente necesaria la inserción de todas las nacionalidades en la historia como entidades autónomas (60).

Engels explicitó, por lo demás, en 1866, los datos dispersos en otros textos en una serie de artículos titulada «¿Qué tiene que ver con Polonia la clase obrera?» La clase obrera había suscrito, ya en 1848, los principios de la democracia europea en relación al «derecho de las grandes formaciones nacionales a la independencia», había asumido por su cuenta, en cada país, la reivindicación del «mismo derecho a una existencia nacional propia para otras naciones indudablemente viables». Engels, realizando una neta distinción entre naciones y nacionalidades, subrayaba que el reconocimiento del derecho de autodeterminación sólo concernía a los grandes pueblos viables, según «el viejo principio de la democracia y de la clase obrera del derecho de las grandes *naciones* europeas a la existencia autónoma e independiente». Es en nombre de este principio que se opone al «principio de las nacionalidades», que «ignora por completo la cuestión fundamental del derecho a la existencia nacional de los grandes pueblos históricos de Europa», que sitúa los intereses de las nacionalidades enfrente de la consolidación de las naciones viables y sirve, en

(60) *Der demokratische Panslawismus*, MEW, VI, páginas 270-286.

última instancia, los intereses de Rusia: «¿Qué es el paneslavismo sino la aplicación por parte de Rusia, en interés de Rusia, del principio de las nacionalidades a los servios, croatas, rutenos, eslovacos, checos, y otras reliquias de pueblos en Turquía, en Hungría y en Alemania?» En otros términos, y en la perspectiva, más restringida pero ejemplar, de la cuestión polaca, el principio de las nacionalidades permitía a Rusia jugar la baza de la autonomía de las *nacionalidades* eslavas del sur contra la independencia de la *nación histórica* polaca (61).

Pero la prioridad de la consolidación de las grandes naciones históricas como factor de progreso social al que debía servir el principio de la autodeterminación no es un objetivo intrínseco. Se percibe a través y en favor de la dinámica de la revolución, se conjuga a las consideraciones estratégicas. Utilizando la fórmula de Kautsky, «el derecho a la autodeterminación está [en Marx] subordinado a las exigencias de la evolución general, de la que la lucha proletaria de clase constituye la principal fuerza motriz» (62).

El itinerario que se desprende de las oscilaciones, de los cambios tácticos, de los virajes o de

(61) MEW, XVI, pp. 156-158.

(62) K. Kautsky, *Die Befreiung der Nationen*, Dietz, Stuttgart, 1917, p. 9. Cunow da una buena definición de lo que entienden Marx y Engels por derecho de autodeterminación de los pueblos, y señala que la confusión entre pueblo y nación está en la base de la ambigüedad del concepto entre los marxistas: «Marx y Engels entienden por «derecho de autodeterminación de los pueblos» tan sólo el derecho de los pueblos organizados en estados a gobernarse a sí mismos, es decir, a decidir ellos mismos su forma de gobierno y sus leyes», en suma, un derecho que concierne al dominio de la política interior del proletariado y no al de su política exterior. *Op. cit.*, p. 43.

las vacilaciones estratégicas, a través de la actitud contrastada respecto a las reivindicaciones nacionales de los eslavos del sur y de los polacos, constituye un sistema teórica y políticamente coherente en la medida en que la aproximación de Marx y Engels está subtendida por la teoría del progreso social y las perspectivas de la revolución europea, ejes solidarios y complementarios en un discurso cuya unidad aseguran. Así, el derecho a la autodeterminación sólo debe ser reivindicado y tomado a cargo del proletariado en función de los intereses generales del progreso social y de su lucha de emancipación en el marco de una estrategia global de la revolución europea. Sus criterios de enjuiciamiento, consecuencia de su escala de valores, están incluidos en el objetivo postulado, definido por la finalidad perseguida. El estado nacional no es un objetivo en sí, ni un valor supremo, de la misma forma que el derecho de las naciones a disponer de sí mismas no es tampoco un principio absoluto. Se trata de variables, subordinadas a una constante: el interés de la clase obrera y de la revolución socialista.

De acuerdo con la explicación edulcorada y didáctica de Kautsky, Marx y Engels enfocaron las aspiraciones nacionales a partir de una posición de principio basada en la antinomia entre los valores de la socialdemocracia y los de la burguesía: «Para el burgués, su nación es soberana, y el bienestar de su nación la ley suprema», mientras que el bienestar de las naciones aisladas no puede ser la ley suprema para los socialistas. Puesto que sólo el advenimiento del socialismo puede garantizar el desarrollo de todas las naciones, las reivindicaciones de las naciones aisladas

deben subordinarse a los intereses colectivos del proletariado (63).

Engels tomaba muchas menos precauciones verbales que sus exégetas. En 1882, en la ya citada carta a Bernstein, recuerda con fuerza y nitidez los principios y las exigencias políticas que deben guiar a los socialistas en su actitud ante la cuestión de las reivindicaciones nacionales: «Debemos colaborar a la liberación del proletariado de Europa occidental, y todo lo demás ha de subordinarse a este objetivo. Por muy interesantes que resulten los eslavos de los Balcanes, etc., pueden irse al infierno a partir del momento en que su esfuerzo liberador entra en conflicto con el interés del proletariado. Los alsacianos están también oprimidos, y me alegraría si nos libráramos de ellos *(wenn wir sie wieder los werden)*. Pero si en vísperas de una revolución manifiestamente inminente tratan de provocar una guerra entre Francia y Alemania, de excitar una vez más las pasiones de esos dos pueblos aplazando, con ello, la revolución, les diría: ¡Alto ahí! Nada os impide tener tanta paciencia como el proletariado europeo. Si él se libera, vosotros seréis libres. Pero hasta entonces no consentiremos que le echéis la zancadilla al proletariado en lucha. Lo mismo es aplicable a los eslavos. La victoria del proletariado los libera real y necesariamente, y no en apariencia y de forma temporal, como haría el zar» (64).

Este estilo directo, sin ambages, en una carta personal dirigida a un joven colaborador, revela

(63) K. Kautsky, art. cit., *Der Kampf*, 1908, pp. 108-109.
(64) Carta citada de Engels a Bernstein del 22-25 de febrero de 1882. *Eduard Bernstein Briefwechsel...*, pp. 81-82.

abruptamente la quintaesencia de un razonamiento político. Queda claro, demasiado claro, hasta el punto de que estas líneas directrices, separadas de su contexto, aparecen como la simplificación de un pensamiento político más matizado e históricamente circunscrito. Es la perspectiva de la revolución tal como se presenta a Marx y Engels, y a todo el mundo socialista de la segunda mitad del siglo XIX, lo que las ilumina y lo que explica por qué Engels exige que las nacionalidades oprimidas se armen de paciencia. Ya que el hombre de acción tiene conciencia de que el lejano sueño de la liberación social, o el proyecto de una sociedad fraternal, no podrían contener unas aspiraciones nacionales orientadas a lo inmediato. No se pide paciencia a largo plazo, se colmará a corto plazo gracias a «una revolución manifiestamente inminente». El argumento no es didáctico, ni queda circunscrito a la coyuntura particular de 1882. Es una constante en los pronósticos marxianos posteriores a 1848 la perspectiva de una revolución europea transcrita en la realidad inmediata.

Esta esperanza se basa tanto en el análisis de la constelación internacional como en el desarrollo del capitalismo, que conoce un auge rápido, difícil, entrecortado por crisis frecuentes y profundas. El pronóstico determina el modelo de la revolución y su estrategia. El epicentro de la revolución es ante todo Inglaterra, el país más avanzado económicamente, y después Alemania; su fuerza vectorial es el proletariado de Europa occidental, cuya victoria será compartida por todos los oprimidos. El proletariado no puede permanecer insensible a las aspiraciones de las nacionalidades animadas por un creciente deseo

de existencia autónoma, de reconocimiento de su identidad. Se sobrentiende su simpatía hacia las naciones sometidas, pero no como criterio de enjuiciamiento, ni como posición política. El proletariado no tiene que asumir el papel de defensor de los derechos de los pueblos sometidos más que en la medida en que esto sirva para la realización de sus objetivos, que implican la liberación de todos los oprimidos. Ya que la opresión nacional sólo es un aspecto parcial de la opresión social, cuya resorción no puede ser sino global, a escala de la humanidad. Las luchas contra todas las formas de opresión son solidarias, pero son las exigencias de la fuerza hegemónica, el proletariado, las que determinan el orden de prioridades y la naturaleza de las relaciones entre movimiento obrero y movimientos nacionales, unas relaciones de solidaridad y de subordinación.

El proletariado de las naciones avanzadas tiene el deber de apoyar al proletariado de las demás naciones en la persecución del objetivo común, de garantizar, con el advenimiento del socialismo, el progreso de las «naciones subdesarrolladas», y con ello poner fin a las relaciones de dominación entre naciones en estadios desiguales de desarrollo, así como a la opresión nacional como tal.

Y, para ello, los movimientos nacionales deben armonizar sus aspiraciones con las exigencias de la estrategia global de la fuerza hegemónica, o, más exactamente, subordinarlas a ella para poder beneficiarse del apoyo táctico del movimiento obrero. Incluso en el caso de Polonia, la liberación nacional no es un objetivo, sino un medio para el proletariado, ya que es el presupuesto para el desarrollo de las fuerzas revolucionarias

en el país sometido. Partiendo de ahí, el proletariado no sólo puede, sino que debe tomar en cuenta esa alianza, sin perder de vista, sin embargo, que los movimientos nacionales no son fuerzas revolucionarias intrínsecas, sino un potencial polivalente que puede ser utilizado para fines diametralmente opuestos, recuperable y manejable por las fuerzas reaccionarias. La posibilidad de una alianza táctica está en función del contexto y se articula en torno de la estrategia global.

¿En qué medida y en qué circunstancias puede un movimiento nacional ser útil y desempeñar un papel en el marco de la estrategia revolucionaria? La respuesta se sitúa en el análisis de la coyuntura de las relaciones internacionales, en las relaciones de fuerzas y la naturaleza de las contradicciones entre las grandes potencias. Se puede constatar, por lo demás, que la cuestión nacional y los movimientos nacionales tienen cada vez más importancia en la política exterior del movimiento obrero, concebida por Marx, tras la creación de la AIT, como un terreno de intervención activa. A través del caso de Polonia, Marx precisa, en el comunicado inaugural, cuál debe ser la acción de la Internacional: «La aprobación sin vergüenza, las gesticulaciones compasivas, o la indiferencia estúpida con que las clases superiores de Europa han contemplado... el asesinato de la heroica Polonia por los rusos; las amplias intrusiones, nunca contrarrestadas, de esa potencia bárbara..., todo esto ha enseñado a los trabajadores que tienen un deber: penetrar los misterios de la política internacional, vigilar los actos de sus respectivos gobiernos, contrarrestarlos, si es preciso, con todos los medios a su alcan-

ce» (65). La política exterior del movimiento obrero está dirigida, ante todo, contra la Rusia zarista, se articula, para Marx y Engels, en torno a la posición estratégica intocable del zarismo, núcleo de las fuerzas contrarrevolucionarias, la gran fortaleza, la «mayor reserva de la reacción europea», que tanto por su misma existencia como por sus intervenciones en los asuntos de Occidente para conquistar posiciones estratégicas «hace imposible la victoria del proletariado europeo». A partir de 1848, subrayan incesantemente que «el movimiento obrero de Europa debe llevar una guerra a muerte contra el zarismo». Las exigencias de esta guerra constituyen el eje de la actitud y de los juicios de Marx y Engels en relación a los movimientos nacionales en Europa del este: «Derribar al zarismo, suprimir esta pesadilla que pesa sobre toda Europa, ésta es, en nuestra opinión, la primera condición para la emancipación de las naciones de Europa central y oriental» (66).

En su carta a Bernstein del 9 de octubre de 1886, en un momento de tensión en los Balcanes, Engels, por lo demás, explicita en tres puntos la línea directriz a adoptar respecto a los eslavos del sur, consistente en: «1) sostener a los eslavos del sur a condición de que estén, y mientras estén, *contra Rusia,* puesto que entonces están

(65) *Comunicado inaugural y estatutos de la AIT*, en K. Marx, *Oeuvres*, Pléiade, t. I, 1972, p. 468.

(66) Carta de Engels a Ion Nadejde del 4 de enero de 1888. MEW, XXXVII, p. 5. Esta larga carta, escrita en francés, se publicó, sin saberlo Engels, en traducción rumana, en la revista «Contemporanul», 1888, n.º 6. En MEW, esta carta está traducida de la versión rumana. El borrador original se conserva en el fondo Marx-Engels, en Amsterdam, IIHS.

con el movimiento revolucionario europeo; 2) pero si van contra los *turcos*, es decir, si reivindican, a cualquier precio, la anexión de algunos servios y búlgaros que todavía son turcos, le hacen, consciente o inconscientemente, el juego a Rusia, y ahí no podemos ya seguirlos...; 3) cuando estalle la revolución en Rusia, esos caballeros podrán hacer lo que les parezca...» La articulación de esta carta excusa los comentarios. Señala, entre otras cosas, la neta distinción que hacen Marx y Engels, a partir de los años 1860, entre la Rusia zarista, como bastión de la reacción, y una Rusia postrevolucionaria que invertirá las relaciones de fuerzas a escala mundial y conducirá a una modificación fundamental de la estrategia. Engels, en su importante artículo de 1890 titulado «La política exterior del zarismo ruso», desarrolla esta idea y bosqueja un cuadro lírico de los cambios que se producirán en la situación de las nacionalidades: Austria, «ese complejo de pueblos amontonados», perderá «su única justificación histórica, la de barrera frente al avance ruso sobre Constantinopla», de la misma forma que el mantenimiento del imperio otomano como fortaleza en las riberas del mar Negro dejará de tener razón de ser. Desde el momento en que las grandes entidades multinacionales están condenadas a estallar, «los magiares, los rumanos, los servios, los búlgaros, los arnautas, los griegos y los turcos se encontrarán por fin en condiciones de solventar sus mutuas disputas sin la intromisión de una potencia extranjera, de delimitar sus respectivos territorios nacionales, de ordenar sus asuntos interiores a su grado. Se verá, de golpe, que el mayor obstáculo para la autonomía y el libre reagrupamiento de los pue-

blos y residuos de pueblos entre los Cárpatos y el mar Egeo no era otra cosa que ese mismo zarismo que había pretextado la liberación de esos pueblos para encubrir sus planes de dominación mundial». Así, en la nueva constelación internacional creada por la revolución rusa, las coordenadas del problema de las naciones «históricas» y «sin historia» se verían modificadas. A partir de ahí, se admite que incluso los «residuos de pueblos» podrían «si lo desean», una vez apartado el obstáculo del zarismo, reincorporarse a la historia (67). Engels defiende, aparentemente, unas posiciones contradictorias, o las modifica según la coyuntura. De hecho, aborda, sin que ello signifique que la profundiza, una problemática nueva. Volverá a ser tomada y desarrollada, en el plano teórico, en 1907, en la obra de Bauer *La socialdemocracia y la cuestión de las nacionalidades*, una de cuyas tesis centrales —la menos controvertida por sus censores «ortodoxos»— es la transformación de las naciones sin historia en naciones históricas.

(67) Cf. Engels a Bernstein, 9 de octubre de 1886, MEW, XXXVI, pp. 546 y ss. Cf. Engels, *Die auswärtige Politik des russischen Zarenthums*, MEW, XXII, p. 46.

# Capítulo IV

---

Partiendo de estas premisas fundamentales, la posición de Marx y Engels conoce oscilaciones, pero también modificaciones consecutivas al cambio de los datos y del contexto de una interrogación central: ¿cómo conjugar la revolución proletaria con la lucha nacional en los países en que el movimiento obrero se ha afirmado como movimiento autónomo, en que la clase obrera se ha convertido, de clase en sí, en clase para sí?

Hasta mediados de los años 1860, las perspectivas del 48 son las que delimitan su horizonte, aun cuando Marx, decepcionado por el comportamiento de la burguesía, declare, en el contexto de la reacción que se instaura después de la revolución: «los húngaros no deben ser libres, ni tampoco los polacos, ni los italianos, mientras el obrero siga siendo esclavo» (68). La unidad y la independencia de las grandes naciones históricas sigue siendo uno de los objetivos esenciales, aunque los movimientos nacionales no hayan sido capaces de vincular la causa nacional a la de la democracia y las transformaciones sociales, aban-

(68) *Las luchas de clases en Francia.*

donada por la burguesía. Corresponde al movimiento obrero operar la realización global de estos objetivos, no tan sólo para crear las condiciones objetivas del progreso social a largo plazo, sino también en el interés inmediato de su propio auge (69).

Su desarrollo en los años 1860, que culmina en la creación de la AIT, añade, a las certidumbres lineales, unos interrogantes complejos, a medida que se va planteando en términos más concretos la problemática de la relación entre lucha de clase y lucha nacional. Es un presentimiento, una intuición —más que la lucidez— lo que permite a Marx entrever cuánto pesará la cuestión nacional sobre el movimiento obrero. En el ardor de la polémica, en el congreso de la AIT, en Ginebra, en 1866, exclama: «El movimiento obrero se verá constantemente interrumpido, frenado, retrasado, mientras no se resuelva esta gran cuestión europea» (70). La cuestión nacional pendiente se considera, a partir de ahí, como una doble hipoteca a levantar en el plano interior y exterior para permitir al movimiento obrero adquirir su verdadero auge. Ante todo, la lucha por objetivos nacionales segrega el nacionalismo, que recubre y enmascara los conflictos de clase y sustituye la solidaridad de clase por el egocentrismo nacional. En segundo lugar, como constata Marx, en 1875, en relación a Polonia: «Durante todo el

(69) Sobre la actitud de los «clásicos» y de la joven socialdemocracia respecto al problema de la unidad alemana véase Hans-Josef Steinberg, «Sozialismus, Internationalismus und Reichsgründung», in *Reichsgründung, 1870-1871*, publicado por Theodor Schieder y Ernst Deuerlein, Seewald Verlag, pp. 319-344.

(70) Texto original en inglés en Riazanov, art. cit., p. 220.

tiempo en que un pueblo viable está encadenado por un conquistador exterior, inevitablemente emplea todos sus esfuerzos, toda su energía, contra el enemigo exterior; su vida interior queda paralizada, es incapaz de trabajar por su emancipación social» (71).

Por último, esta hipoteca también pesa sobre el proletariado de las naciones dominadoras. Así, el restablecimiento de Polonia es una necesidad para los alemanes y para los mismos rusos, ya que «el poder que necesita un pueblo para oprimir a otro acaba por volverse contra él» (72), reafirma Engels en 1874, mientras se consolida el movimiento obrero en Alemania y la aparición del movimiento revolucionario en Rusia se percibe como el síntoma de una revolución inminente.

Fue el caso irlandés el que dio toda su significación al principio establecido antes de 1848: «Un pueblo que oprime a otro no puede liberarse a sí mismo», y, desde esta óptica, Engels habló de la «desgracia que supone para un pueblo el hecho de subyugar a otro» (73). Ya que, a partir

(71) MEW, XVI, p. 574.
(72) Riazanov, art. cit., p. 202.
(73) La compilación más completa de escritos de Marx y de Engels sobre Irlanda se ha publicado recientemente en Moscú, con un prefacio de L. I. Golman que incluye, en particular, el inventario de todos los manuscritos y notas de Marx y Engels sobre el tema que se conservan en los archivos soviéticos. Cf. Karl Marx and Friedrich Engels, *Ireland and the Irish Question*, Moscow, Progress Publishers, 1971, 578 pgs. Está publicado un estudio pionero sobre Marx y la cuestión irlandesa de A. Winitzer, «Marx und die irische Frage», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, X, 1922, pp. 49-53, que no está exento de errores, en particular respecto a las fechas de detención de fenianos y a determinadas reservas de Marx. También trata el tema, de forma detallada, pero lineal, el historiador soviético L. I. Golman, cuyo estudio «Die irische Frage in der I Internationale und der Kampf von Marx und Engels für

de 1867, Marx y Engels toman conciencia del hecho de que el movimiento obrero inglés, el más avanzado del mundo tanto como realidad social como en tanto que movimiento organizado, está atado de pies y manos por la hipoteca irlandesa. «La emancipación nacional de Irlanda» se ve como «la primera condición de la que depende su propia emancipación social, la de los trabajadores ingleses» (74).

El fenómeno irlandés es significativo en la reflexión de Marx sobre la problemática nacional. Le incitará a profundizar el problema de las relaciones entre lucha de clase y lucha nacional. Para él, que reside en Inglaterra, el embrollo irlandés es un problema vivido, especialmente familiar durante los años 1860 (75). Aparece ya, desde luego, en sus escritos de antes de 1848, pero bajo una perspectiva tradicional. El enfoque es entonces el mismo que en el caso polaco, el análisis está fundido en el mismo molde, aun tomándose en cuenta los distintos contextos. Las semejanzas residían entonces en la estructura económica de ambos países, que exigía una revolución agraria, y en el punto focal de su liberación: Inglaterra,

---

die Prinzipien des proletarischen Internationalismus» se publicó en traducción alemana en *Aus der Geschichte des Kampfes von Marx und Engels für die proletarische Partei. Eine Sammlug von Arbeiten*, Dietz, Berlín, 1961, páginas 460-544. Para otro tipo de enfoque, véase el reciente y estimulante estudio de Renato Levrero, «Imperialismo e revoluzione in Marx. La questione Irlandese», «Classe», 1972, pp. 71-112.

(74) Carta de Marx a Sigfrid Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1870, MEW, XXXII, p. 669.

(75) Este problema también fue introducido en la vida cotidiana de Marx y de Engels por las hijas de Marx, Tussy (Eleanor) y Jenny, muy activas a favor de la liberación de Irlanda, y por la compañera de Engels, Lizzie Burns, de origen irlandés.

donde el antagonismo exacerbado entre burgueses y proletarios alimentaba la convicción marxiana de que «la victoria del proletariado sobre la burguesía es por consiguiente, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas» (76). Marx y Engels no dejaron de seguir los acontecimientos de Irlanda, particularmente el nacimiento, en 1858, de un movimiento nacional revolucionario irlandés, el «fenianismo» *(Irish Republican Brotherhood)*, y su desarrollo después de la guerra civil americana, sin concederle ninguna especial significación. La intervención de la AIT, en enero de 1866, protestando contra la oleada de represión de la que eran víctimas los dirigentes fenianos por parte del gobierno británico, estaba aún concebida en unos términos generales de simpatía. En el curso del siguiente año, señalado por una intensificación de la actividad tanto insurreccional como terrorista del movimiento feniano, esta lucha adquirió un lugar cada vez más importante en las preocupaciones de la Internacional. Pese a su aversión por el terrorismo, Marx suscribió este apoyo, por estimar que el fenianismo «se caracteriza por su tendencia socialista (en negativo, al estar orientado contra la apropiación del suelo) y como movimiento de las capas inferiores» (77).

(76) Discurso de Marx en la conmemoración del levantamiento polaco de 1830, organizada el 29 de noviembre de 1847 por los «Fraternal Democrats», citado por Riazanov, art. cit., p. 179.

(77) «Interventions de Karl Marx au Conseil général de l'Internationale», 30 de noviembre de 1867, *Cahiers de l'ISEA*, n.° 152, agosto de 1964, p. 52. Engels consideró, ulteriormente, que «los fenianos se dejan arrastrar cada vez más hacia una especie de bakuninismo». Cf. carta de Engels a Bernstein del 26 de junio de 1882, *Eduard Bernstein Briefwechsel...*, p. 106.

Es en otoño de 1867 cuando la virulencia del absceso irlandés, «ese gran crimen viejo de siglos», determina un cambio en la actitud de Marx y Engels, una toma de conciencia del alcance fundamental de la cuestión irlandesa en la perspectiva del movimiento obrero inglés y de la revolución europea. Contra toda previsión, cuatro revolucionarios irlandeses son entonces condenados a muerte bajo el gobierno liberal de Gladstone, que deja de lado las promesas electorales que habían contribuido a llevarlo al poder.

La oleada de indignación desencadena un movimiento de solidaridad de la clase obrera. Es en este nuevo contexto que Marx se ve llevado a abordar la cuestión bajo un ángulo fundamentalmente distinto, a partir de la comprensión del callejón sin salida al que se ve acorralado el movimiento obrero inglés debido a la hipoteca irlandesa, es decir: la emigración forzosa de los trabajadores irlandeses como consecuencia de la ruina de la economía doméstica los convierte en una mano de obra barata que entra en competencia con los obreros ingleses y provoca, por consiguiente, su hostilidad. De este modo, la clase obrera se encuentra dividida en Inglaterra, y, en vez de presentar un frente unido, junto con los obreros irlandeses, contra la burguesía inglesa, va a remolque de su propia burguesía, contra Irlanda. Por otra parte, el ejército que Inglaterra mantiene, con el pretexto del mantenimiento del orden en Irlanda, representa un formidable instrumento de represión, movilizado permanentemente, que puede ser empleado contra la lucha

de emancipación social de los trabajadores ingleses (78).

Este análisis modifica el modo en que Marx plantea el problema y su argumentación, y, en consecuencia, sus anteriores posiciones. Deja de considerar la cuestión irlandesa en términos de simpatía, de actitud humanitaria; en adelante, la aborda como política a practicar, como una reivindicación esencial «que se funda en el interés mismo del proletariado inglés». Dos años más tarde, en 1869, da explicaciones de ello a Kugelmann: «Me he convencido cada vez más —y no se trata más que de inculcar esta idea a la clase obrera inglesa— de que no podrá hacer nada decisivo aquí, en Inglaterra, mientras no rompa de la forma más clara, en su política irlandesa, con la política de las clases dominantes, no sólo mientras no haga causa común con los irlandeses, sino incluso mientras no tome la iniciativa de disolver la unión decidida en 1801, reemplazándola por lazos federales libremente consentidos... De otro modo, el pueblo inglés seguirá mantenido a raya por sus clases dirigentes, debido a que se ve llevado a hacer frente común con ellas contra Irlanda. Cualquier movimiento popular en la misma Inglaterra se ve paralizado por el conflicto con los irlandeses, que constituyen en Inglaterra una fracción muy importante de la clase obrera» (79). La realidad irlandesa se ve sometida a un estudio en profundidad, en particular por parte de Engels, que piensa incluso en escribir

(78) Karl Marx, Jenny Marx, F. Engels, *Lettres à Kugelmann*, Editions Sociales, París, 1971, pp. 156-159; Karl Marx, *Konfidentielle Mitteilung*, MEW, XVI, pp. 416-417.

(79) Carta de Marx a Kugelmann del 29 de noviembre de 1869, *op. cit.*, pp. 133-134.

una historia de Irlanda, y que adquiere la reputación de especialista en la cuestión (80). El análisis de la lucha de los *oppressed Irish* contra sus *oppressors* permite a Marx y Engels plantear, en términos nuevos, la relación entre movimiento nacional y movimiento obrero. Viéndose confrontados con una situación inédita, introducen una corrección en sus posiciones anteriores y un esbozo de solución teórica, introduciendo, en particular, desde una óptica nueva, un concepto presente en sus obras de juventud, subyacente en los escritos sobre Polonia, el de naciones dominadoras y naciones oprimidas. Estas nociones, aisladamente, se emplean abundantemente en aquella época, y no tan sólo por parte de los marxistas. Así, por ejemplo, Odger, el representante de las Trade-Unions, declara, ante el Consejo General de la AIT: «Debemos apoyar a Polonia; para nosotros, constituye el tipo de las naciones oprimidas» (81). Lo que resulta nuevo en Marx es la utilización que hace de ellas en el caso irlandés, es decir, el hecho de concebirlas como un todo orgánico que recubre las relaciones entre dominantes y dominados, la naturaleza de las contradicciones, y el tipo de relaciones establecido entre sus fuerzas activas. Bajo este enfoque, el concepto de nación oprimida no es ni antinómico ni dicotómico en relación al de nación necesaria, que designa a las grandes naciones históricas. El acento está puesto en las potencialidades del

(80) Engels había emprendido amplias investigaciones para escribir una historia de Irlanda. Sólo fueron redactados los primeros capítulos, ya que la guerra franco-prusiana, y después la Comuna de París, la interrumpieron. Cf. MEW, XVI, pp. 459-502.
(81) Citado por Maximilien Rubel, art. cit., «Mouvement Social», pp. 70-71.

movimiento nacional de las naciones oprimidas —que no tienen por qué ser forzosamente naciones históricas— para el movimiento obrero o para las fuerzas revolucionarias de las naciones dominadoras. Debido a su radicalismo a la vez nacional y social, la lucha de las naciones oprimidas, incluso «subdesarrolladas» —el caso de Irlanda se aborda también como hecho colonial—, puede actuar como detonador de la lucha de la clase obrera, del movimiento obrero, de la nación dominadora. De ahí, en el caso de Irlanda e Inglaterra, una inversión de las prioridades: ahora ya no es la revolución social la que solucionará el problema nacional, sino que la liberación de la nación oprimida constituye un paso previo para la emancipación social de la clase obrera. «He pensado, durante mucho tiempo, que era posible derribar el régimen irlandés por medio de la *English working class ascendency*», escribe Marx en 1869; «estudios más profundizados me han convencido de lo contrario. La *working class* inglesa no hará nada *before it has got rid of Ireland*. El resorte debe estar situado en Irlanda» (82). Marx preconiza un programa en tres puntos: «1) Gobierno autónomo e independiente de Irlanda... 2) Revolución agraria... 3) Proteccionismo contra Inglaterra» (83). La necesaria conjunción de los dos factores —el nacional y el social— engendra unas relaciones políticas completamente distintas, basadas en una alianza es-

(82) Fragmentos en cursiva: el ascenso de la clase obrera inglesa, la clase obrera, antes de verse desembarazada de Irlanda. Carta de Marx a Engels del 10 de diciembre de 1869, MEW, XXXII, pp. 414-415.

(83) Carta de Marx a Engels del 30 de noviembre de 1867, MEW, XXXI, p. 400.

tratégica entre las dos fuerzas, el movimiento nacional y el movimiento obrero. La lucha de clase y la lucha nacional se hacen complementarias y solidarias, sin confundirse ni superponerse.

¿Cuál es, en esta alianza, el deber de la clase obrera de las naciones dominadoras? En este caso, el proletariado inglés debía sostener a fondo las reivindicaciones nacionales de los irlandeses, intervenir a favor de los fenianos perseguidos, exigir la abolición del Acta de Unión de 1801, lo cual equivale a pedir el derecho de autodeterminación. En este punto, la posición de Marx sufrirá un fuerte cambio, en 1867, en función de su análisis global. El derecho de autodeterminación, la independencia, se convierte en el objetivo inmediato. Sólo después de alcanzarlo podrán considerarse las nuevas relaciones que deben establecerse con Inglaterra. Marx tiene vacilaciones en cuanto a la naturaleza de los vínculos asociativos que toma en cuenta, y opta unas veces por la confederación y otras, aunque con reticencias, por la federación.

Era a través de manifestaciones concretas de solidaridad y de apoyo que debía manifestarse la conciencia de la importancia del problema irlandés, la necesidad, para el proletariado inglés, de «dejar a un lado los prejuicios contra los irlandeses», poniendo fin, con ello, a la discriminación y a las divisiones nacionales en el seno de la clase obrera. Marx se esfuerza, paciente y sistemáticamente, por trasponer su análisis a la praxis, y, a través del Consejo General de la AIT, trata de influenciar al movimiento obrero inglés, de vencer la resistencia de las poderosas Trade-Unions, y de persuadir a los obreros ingleses de que la

emancipación nacional de Irlanda es la primera condición para su propia emancipación social. Vuelve a la carga una y otra vez, y consigue, en noviembre de 1869, que se adopte una resolución fundamental sobre la amnistía de los fenianos. Tiene que «servir para introducir otras resoluciones referidas al hecho de que, sin hablar ya de equidad internacional, es condición para la emancipación de la clase obrera inglesa la transformación de la unión forzosa vigente —es decir, del sometimiento de Irlanda— en una confederación igualitaria y libre, si es posible, o, si es preciso, la reivindicación de una separación completa» (84). En 1869, la solución de la cuestión irlandesa se ha convertido para Marx en «la clave de la solución de la cuestión inglesa, y la solución inglesa en la de la cuestión europea». Está convencido, por lo demás, de que todas las premisas están dadas; Engels comunica, entusiásticamente, a Kugelmann: «La constitución de un partido verdaderamente revolucionario progresa rápidamente, y paralelamente se desarrolla una situación revolucionaria... En este asunto, los irlandeses representan también un fermento absolutamente excepcional, y los proletarios londinenses toman partido, cada día más abiertamente,

(84) Carta de Marx a Engels del 2 de noviembre de 1867, MEW, XXXI, p. 376. Marx tiene plena conciencia de las dificultades para dar a conocer y hacer admitir la posición del Consejo General, ya que el periódico «Bee Hive», semanario de las Trade-Unions, declarado órgano de la Internacional, no sólo se niega a publicar las resoluciones, sino que pasa en silencio el hecho mismo de que el Consejo General discute la cuestión irlandesa. Por esto es que el Consejo General hace imprimir por su cuenta las resoluciones y las envía directamente a cada Union. Cf. también el comunicado confidencial, MEW, XVI, p. 417.

por los fenianos» (85). Sus esperanzas y sus pronósticos no se basan tan sólo en la coyuntura; se derivan del análisis de las mutaciones que se han producido desde hace varios decenios, en particular desde 1846, cuando «el contenido económico y, por ello, la finalidad política de la dominación inglesa en Irlanda entró en una nueva fase», en consecuencia de la destrucción de la industria irlandesa, de la transformación de los campos en pastos y de la supresión de la propiedad del suelo en Irlanda (86). En un comunicado confidencial de la Internacional, luego en un comentario dirigido a los socialistas americanos, Marx expresa claramente los razonamientos y los cálculos estratégicos que se desprenden de este análisis: «Inglaterra, como metrópolis del capital, como potencia mundial que domina, hasta ahora, el mercado, es por el momento el país más importante para la revolución obrera y, además, el *único* país en el que las condiciones materiales de esta revolución hayan alcanzado un cierto grado de madurez». Por consiguiente, «si Inglaterra es el *bulwark* [el bastión] del landlordismo y del capitalismo europeos, el único punto donde puede ser asestado un fuerte golpe contra la Inglaterra oficial es Irlanda» (87). El razonamiento de Marx se articula en torno a dos puntos: 1) Irlanda es el bastión de la propiedad agraria, del landlordismo inglés. Ésta es la ciudadela que debe ser atacada para que el land-

(85) Carta de Engels a Kugelmann del 8 y 20 de noviembre de 1867, MEW, XXXI, p. 568.
(86) Carta de Marx a Engels del 30 de noviembre de 1867, MEW, XXXI, p. 399.
(87) Carta de Marx a Sigfrid Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1870, MEW, XXXII, p. 669. Comunicado confidencial, MEW, XVI, pp. 416-417.

lordismo se hunda en Inglaterra. «Siempre he estado convencido de que la revolución social debe empezar *seriamente* por la base, es decir, partiendo de la propiedad agraria»; 2) la pérdida de Irlanda comportaría el hundimiento del imperio británico, y «la lucha de clase en Inglaterra, hasta ahora dormida y anémica, adquiriría unas formas vigorosas» (88). Para influir sobre los acontecimientos y lograr que se adopte su estrategia, Marx toma como marco de acción el Consejo General de la AIT. Interviene vigorosamente para que se actualice el programa de la Internacional sobre la cuestión irlandesa. El fuerte eco de la efervescencia irlandesa, que se sitúa en primer plano de la vida política y de la lucha social en Inglaterra, facilita sus designios. El Consejo General queda ganado a la estrategia que expone en la circular confidencial del 1.° de enero de 1870: «La posición de la Asociación Internacional respecto a la cuestión irlandesa es muy clara. Su primera necesidad es impulsar la revolución social en Inglaterra. A este efecto, hay que asestar el golpe decisivo en Irlanda... [y] explotar por todos los medios posibles la lucha económico-nacional de los irlandeses». Sin embargo, elmina esta última frase en el texto definitivo del comunicado (89).

(88) Carta de Marx a Kugelmann del 6 de abril de 1868, MEW, XXXII, p. 543. Carta de Marx a Paul y Laura Lafargue del 5 de marzo de 1870, *id.*, p. 656.

(89) En el texto ruso de las «Minutas del Consejo General de la AIT» (Moscú, 1964), «explotar» se traduce por «contribuir». Marx, por otra parte, dio consejos a su hija Jenny cuando ésta escribió, bajo el seudónimo de Jenny Williams, ocho artículos sobre las persecuciones contra los fenianos, que fueron publicados en la «Marseillaise» de Rochefort en la primavera de 1870. Cf. MEW, XVI, pp. 579-601. Marx, efectivamente, pensaba que era por

En la reflexión marxiana sobre la cuestión nacional, Irlanda es un momento importante, pero de breve duración. La estrategia centrada en la inminencia de una revolución en Inglaterra no superó el nivel de proyecto. Los acontecimientos desmintieron los pronósticos, mientras que se preservaban las perspectivas y la esperanza de una revolución próxima. Pero la guerra franco-prusiana desplazó hacia el continente el centro de gravedad. La nueva constelación surgida de la Comuna de París supuso una rectificación de la estrategia, una traslación hacia Alemania del punto focal de la revolución.

No por ello se revisan las posiciones de principio formuladas sobre la correlación entre naciones dominadoras y naciones oprimidas, como tampoco se ve modificada la apreciación de la cuestión irlandesa, aun cuando no pueda desempeñar la función de catalizador en una revolución europea, aun cuando hayan disminuido las posibilidades de éxito de una revuelta irlandesa: «Sin guerra o peligro de guerra exterior, un levantamiento irlandés no tiene la menor posibilidad de éxito... No les queda a los irlandeses más que la vía constitucional de conquista gradual de una posición tras otra. Sin embargo, el misterioso telón de fondo de una conspiración armada feniana puede seguir siendo un elemento muy eficaz», escribe Engels en 1882 (90).

---

intermedio de Francia que podían repercutir eficazmente en Inglaterra las revelaciones sobre el problema irlandés. Cf. la carta citada a Meyer y Vogt.

(90) Carta de Engels a Bernstein del 26 de junio de 1882, *Eduard Bernstein Briefwechsel...*, p. 106, publicada en extractos en el «Sozial-Demokrat», órgano del partido socialdemócrata alemán. Bernstein se rindió ante el último argumento de Engels, y respondió: «He debido llegar

La hipoteca irlandesa, «enfermedad crónica de Inglaterra», sigue pesando sobre la suerte del movimiento obrero inglés: «No creo que aquí pueda pensarse en una actividad seria de la socialdemocracia mientras persista la dificultad irlandesa», afirma Kautsky en 1887, con ocasión de una estancia en Londres (91). El problema que plantea sigue siendo el de la época de Marx, ya que la clase obrera sigue estando escindida en dos campos enemigos: proletarios irlandeses y proletarios ingleses. Los privilegios materiales, una conciencia de superioridad de los proletarios de la nación dominadora, subsisten, y siguen vivos los prejuicios contra los irlandeses.

Engels, distinguiendo entre los principios y las modificaciones en la coyuntura, reafirma, en 1882, la posición del socialismo internacional respecto a esta cuestión: «Hay *dos* naciones en Europa que tienen no sólo el derecho, sino el deber de ser nacionales antes que internacionales: los irlandeses y los polacos. Cuando son muy nacionales es cuando más internacionales son» (92).

El caso irlandés, que introduce una nueva temática y que marca un momento importante en el pensamiento de Marx y Engels, no constituye, como a menudo se afirma, un giro en las posicio-

---

a una alta apreciación de la acción feniana, es decir, del bakuninismo, que, en el estado de cosas en Irlanda, no me parece demasiado condenable.» Carta de Bernstein a Engels del 7 de julio de 1882, *id.*, p. 109.

(91) Carta de Kautsky a Víctor Adler del 15 de marzo de 1887, *Victor Adler Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, editado por Friedrich Adler, Volksbuchhandlung, Viena, 1954, p. 29.

(92) Carta de Engels a Kautsky del 7 de febrero de 1882, *Friedrich Engels Briefwechsel mit Karl Kautsky*, herausgegeben und bearbeitet von Benedikt Kautsky, Danubia Verlag, Viena, 1955, p. 51.

nes sobre la cuestión nacional. No es tanto un momento evolutivo en la reflexión marxiana como una distinta perspectiva determinada por una situación precisa. Prevalece la acción en el itinerario; el teórico se ve guiado por la preocupación por lo concreto, por una elaboración política atada directamente a la coyuntura. En el caso irlandés, como en todas las situaciones nacionales enfocadas, se descubre la negativa a generalizar, a construir modelos y a integrar sin reserva la dinámica nacional en la teoría de la revolución. Es el análisis de las situaciones concretas, el estudio caso por caso, lo que define la actitud táctica, mientras que, por ello mismo, las posiciones teóricas se ajustan a los datos inéditos surgidos en el proceso histórico. Ésta es la vía que seguirá el pensamiento postmarxiano, pese a las considerables modificaciones que conocerá. «En la discusión y ante la necesidad de definir una actitud y de adoptar una estrategia» (93), los intentos de conceptualización se han agrupado, se han conservado o adaptado las soluciones apenas esbozadas por los fundadores, de las que los discípulos han tomado conocimiento fragmentaria o sucesivamente.

(93) Observación de Elie Lobel, in «Le Domaine national», «Partisans», n.° 59-60, mayo-agosto de 1971, p. 3.

COLECCIÓN APORTES

1. Haupt, G. y Weill, C.: MARX Y ENGELS FRENTE AL PROBLEMA DE LAS NACIONES.

2. Nicolas, Jean: LA CUESTIÓN HOMOSEXUAL.

3. Serge, Victor: LITERATURA Y REVOLUCIÓN.

4. Heinen, Jacqueline: DE LA I.ª A LA III.ª INTERNACIONAL: LA CUESTIÓN DE LA MUJER.

5. Mandel, Ernest y Berger, Denis: LA NATURALEZA DE LA URSS. DEBATE.

6. Bujarin, Nicolás: LENIN MARXISTA.

## COLECCIÓN ARGUMENTOS

Anderson, Perry: LAS ANTINOMIAS DE A. GRAMSCI.

Artous, A. y Vinteuil, F.: LOS ORIGENES DE LA OPRESIÓN DE LA MUJER. Sistema capitalista y opresión de la mujer.

Berlinguer, Enrico: LA CUESTIÓN COMUNISTA».

Cerroni, Gruppi, Hobsbawm. REVOLUCIÓN Y DEMOCRACIA EN GRAMSCI.

Cineastas cubanos: CINE Y REVOLUCIÓN EN CUBA.

Ginsberg, Allen: TESTIMONIO EN CHICAGO.

Gutelman, Michel: ESTRUCTURAS Y REFORMAS AGRARIAS.

Labarca, Eduardo: EL CHILE DE LUIS CORVALAN.

Mandel, Ernest: ALIENACIÓN Y EMANCIPACIÓN DEL PROLETARIADO.

Mandel, Ernest: CRÍTICA DEL EUROCOMUNISMO.

Mandel, Ernest: LA CRISIS. 2.ª edición.

Novack, George: DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN.

Reed, Evelyn: SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE.

Rodríguez, Felipe: CRÍTICA DE LA UNIDAD POPULAR.

Salama, P. y Valier, J.: UNA INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA.

Valier, Jacques: EL IMPERIALISMO.

Waters, Mary-Alice: MARXISMO Y FEMINISMO.

El desarrollo por Marx y Engels de una teoría de las naciones presenta, superficialmente, contradicciones en las que se han amparado incontables formulaciones oportunistas o suavizadoras de la posición obrera frente a los problemas nacionales. Haupt y Weill restablecen, en su a veces brutal concreción, lo realmente opinado por Marx y Engels frente al problema de las naciones, y despejan de ello unas nítidas pautas metodológicas y de clase en la compleja, pero coherente, elaboración marxiana del tema, pautas que encuentran su eje en un drástico condicionamiento del tratamiento de los problemas nacionales por los intereses de la política internacional de la clase obrera.

